LOS HOMBRES de la historia

51

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Talleyrand

Centro Editor de
América Latina



Jacques Godechot

Inteligente, disoluto, cínico, corrompido, Talleyrand fue sin embargo una gran figura que ejerció una profunda influencia sobre la historia del mundo.
Nacido en París el 2 de febrero de 1754, fue destinado por su familia a la carrera eclesiástica en la que alcanzó el grado episcopal pese a que sus rasgos dominantes fueron la aridez de ánimo, la insensibilidad del corazón, la ausencia de todo sentido moral.
Subyugar a los débiles y disfrutar de ellos, lograr la alianza de los hombres inteligentes y poderosos, con el secreto pensamiento de hacerlos más tarde instrumentos suyos, constituyen las líneas directrices de su conducta.
En cuanto a sus fines: reunir dinero contante y sonante y coleccionar éxitos sentimentales.
Al estallar la Revolución Francesa, adhirió a ella y muy pronto se destacó como hombre público, al tiempo que sus relaciones con la iglesia se volvieron cada vez más lábiles, hasta desembocar en el abandono de los hábitos. Lanzado ya al terreno de la diplomacia internacional, llenaría con su actuación la escena política mundial durante 45 años, primero al servicio de la Revolución, luego del Imperio bonapartista, por fin, como vocero de la Restauración.
Este periplo lo describe con precisión: nunca fiel a una causa única fuera de sus propios intereses, sin dudar jamás ante la traición, los sucesivos gobiernos no desearon sin embargo, privarse de su brillante inteligencia.
Variado es el juicio de los historiadores sobre Talleyrand, y a veces diametralmente opuesto.
Concuerdan sólo en dos puntos: 1º, el papel importante que desempeñó, y 2º, la inteligencia excepcional que lo mantuvo en primer plano. Las divergencias se refieren a la naturaleza del papel que desempeñó. Unos lo consideran beneficioso, otros nefasto. Entre los primeros se encuentran aquellos que admiran su inteligencia pero, en verdad la inteligencia nunca debe ser una excusa sino más bien una circunstancia agravante que jamás puede disculpar sus vicios, su venalidad y sus traiciones.
En conclusión, sólo se puede condenar a este hombre, cuya acción diplomática se apoyó sin cesar en el desprecio de los principios y cuya política exterior fue siempre un tejido de contradicciones.
Este personaje singular se extinguió el 17 de mayo de 1838.

Con el presente fascículo se completa la publicación de las biografías correspondientes al tomo **La Revolución Francesa y el período napoleónico,** Vol. 1, y que contiene los estudios siguientes:

Napoleón
Beethoven
Goya
Franklin
Robespierre
Hegel
Talleyrand

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Franco Occhetto, Andreina Rossi Monti

51 - Talleyrand - La Revolución Francesa y el período napoleónico
Este es el séptimo fascículo del tomo La Revolución Francesa y el período napoleónico.
La lámina de la tapa pertenece a la sección La Revolución Francesa y el período napoleónico del Atlas Iconográfico de la Historia Universal

Ilustraciones del fascículo Nº 51:
Han sido proporcionadas por la Agencia Snark International, Paris.

Traducción de Eduardo Prieto

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223 Buenos Aires, en abril de 1969

Talleyrand

Jacques Godechot

1754
2 de febrero. Nace en París Charles Maurice de Talleyrand-Périgord.

1578-1762
Transcurre este período en casa de su bisabuela, princesa de Châlais, en Châlais, al sur de Angulema.

1762-1769
Estudia en el colegio de Harcourt en París. El 15 de agosto de 1769 nace en Ajaccio Napoleón Bonaparte.

1769-1770
Estadía de Charles Maurice en casa de su tío Alejandro, coadjutor del arzobispo de Reims.

1770-1774
Talleyrand estudia en el seminario de Saint Sulpice, en París.

1775
1º de abril. Toma en París las órdenes menores.
11 de junio. Asiste a la consagración de Luis XVI en la catedral de Reims.
Es nombrado diputado del bajo clero de la provincia de Reims ante la Asamblea general del clero de Francia en París.

1778
2 de marzo. Obtiene la licenciatura en teología en La Sorbona.

1779
18 de diciembre. Talleyrand es ordenado sacerdote.
19 de diciembre. Es nombrado vicario general de Alexandre de Talleyrand, arzobispo de Reims.

1780-1786
Talleyrand tiene en estos años el cargo de agente general del clero de Francia, en París.

1788
Es nombrado obispo de Autun.

1789
12 de marzo. Se hace cargo de su sede en Autun.
Marzo-abril. Es elegido diputado del clero en Autun en los Estados Generales.
4 de mayo. Apertura de los Estados Generales en Versalles. Talleyrand asiste a la procesión inaugural.
4 de agosto. En la noche se declara favorable al abandono de privilegios y diezmos por parte del clero.
2 de noviembre. Hace votar por la Asamblea constituyente la nacionalización de los bienes de la Iglesia.

1790
14 de julio. Hace votar por la Asamblea constituyente la Constitución civil del clero.
28 de setiembre. Presta el juramento prescripto por la Constitución civil.

1791
24 de febrero. Consagra numerosos nuevos obispos "constitucionales".
30 de setiembre. Fin de la Asamblea constituyente.

1792
Desde el 24 de enero hasta el 14 de marzo cumple su primera misión diplomática en Londres; desde el 23 de abril al 5 de junio, la segunda.
18 de julio. Abandona el puesto de administrador del departamento de París como protesta contra la reintegración a sus funciones de Pétion, síndico revolucionario de París.
18 de setiembre. Partida de Talleyrand hacia Londres en misión "oficiosa".
5 de diciembre. La Convención pone a Talleyrand en condición de acusado. Éste permanece como emigrado en Londres.

1794
1º de marzo. Expulsado de Inglaterra por el gobierno británico, Talleyrand abandona Londres y se dirige hacia Norteamérica, donde permanecerá desde abril de ese año hasta el 13 de junio de 1796.

1795
4 de setiembre. La Convención borra a Talleyrand de la lista de los emigrados.

1796
14 de diciembre. Es elegido miembro del Instituto de Francia.
Desde julio hasta setiembre permanece en Hamburgo y en Amsterdam.
20 de setiembre. Vuelve a París.

1797
3 de julio. Lee en el Instituto, el *Essai sur les avantages à retirer des colonies nouvelles dans les circonstances présentes* (Ensayo sobre las ventajas obtenibles de las nuevas colonias en las presentes circunstancias).
18 de julio. Talleyrand es elegido ministro de Relaciones Exteriores del Directorio.
4 de setiembre. Golpe de estado del 18 de fructidor del año V. Talleyrand mantiene el cargo de ministro.

1798
Primavera. *Affaire* X. Y. Z. "Semiguerra" entre Francia y los Estados Unidos por el error de Talleyrand.
Mayo. Gracias a la ayuda de Talleyrand, el ejército de Bonaparte se dirige hacia Egipto.

1799
Primavera. Los ejércitos franceses son derrotados en todos los frentes.
20 de junio. Talleyrand debe renunciar al ministerio de Relaciones Exteriores.
9 de octubre. Bonaparte vuelve a Francia.
9 de noviembre. Golpe de estado del 18 brumario del año VIII. Napoleón Primer Cónsul.
22 de noviembre. Talleyrand vuelve a ocupar el ministerio de Relaciones Exteriores.

1801
9 de febrero. Paz de Lunéville entre Francia y Austria.
Desde diciembre hasta enero de 1802, conferencia italiana de Lyon. Talleyrand hace nombrar allí a Napoleón presidente de la República italiana.

1802
25 de marzo. Paz de Amiens entre Francia e Inglaterra.

1803
Reorganización de Alemania. Talleyrand recibe enormes recompensas.

8 de mayo. Talleyrand adquiere el castillo de Valençay (Indre-et-Loire).
12 de mayo. Recomienza la guerra entre Francia e Inglaterra.

1804
21 de febrero. Ejecución del duque de Enghien con la complicidad de Talleyrand.
3 de mayo. Napoleón, Emperador de los franceses. Tayllerand, Gran Chambelán del Imperio.

1805
2 de diciembre. Victoria francesa en Austerlitz.
26 de diciembre. Tratado de Presburgo entre Francia y Austria. Napoleón no atiende a los consejos de Talleyrand, que favorecía una paz menos dura.

1806
Las negociaciones de Talleyrand con Inglaterra y Rusia fracasan.
6 de julio. Talleyrand, príncipe y duque de Benevento.
7-9 de julio. Paz de Tilsit entre Francia, Rusia y Prusia. Napoleón no escucha los consejos de moderación que le da Talleyrand.

1807
10 de agosto. Talleyrand renuncia al ministerio de Relaciones Exteriores.
14 de agosto. Talleyrand vice gran-elector.

1808
Napoleón invade España. Talleyrand no ha desaprobado la empresa.
Mayo. El príncipe de Asturias, futuro Fernando VII, es obligado a una residencia forzada en el castillo de Valençay.
Setiembre. Coloquio de Erfurt entre Napoleón y el zar de Rusia, Alejandro I. Talleyrand comienza a traicionar a Napoleón al iniciar una correspondencia secreta con el zar.

1809
22 de abril. Matrimonio de Edmond de Périgord, sobrino de Talleyrand, con la duquesa de Dino.
Diciembre. Talleyrand aprueba el divorcio de Napoleón y Josefina y aconseja a Bonaparte su segundo matrimonio con María Luisa de Austria.

1814
16 de enero. Talleyrand rehusa ocupar el ministerio de Relaciones Exteriores de Napoleón.
30 de marzo. Capitulación de París.
1º de abril. Talleyrand hace votar por el Senado la deposición de Napoleón.
13 de mayo. Talleyrand es ministro de Relaciones Exteriores de Luis XVIII.
30 de mayo. Tratado de París entre Francia y los "aliados".
23 de setiembre. Apertura del Congreso de Viena: Talleyrand representa allí a Francia.

1815
3 de enero. Tratado secreto concluido por Talleyrand entre Francia, Inglaterra y Austria.
1º de marzo. Napoleón huye de la isla de Elba y vuelve a entrar en Francia. Talleyrand lo hace declarar fuera de la ley.
18 de junio. Batalla de Waterloo.
9 de julio. Talleyrand presidente del Consejo de ministros.
24 de setiembre. Luis XVIII hace alejar a Talleyrand.

1816
18 de noviembre. Violento altercado entre Talleyrand y Pasquier, presidente de la Cámara de Diputados. Talleyrand se aproxima a los liberales.

1821
24 de julio. Discurso en la Cámara de Diputados contra la censura.

1829
Asiduas relaciones entre Talleyrand y Luis Felipe de Orléans.

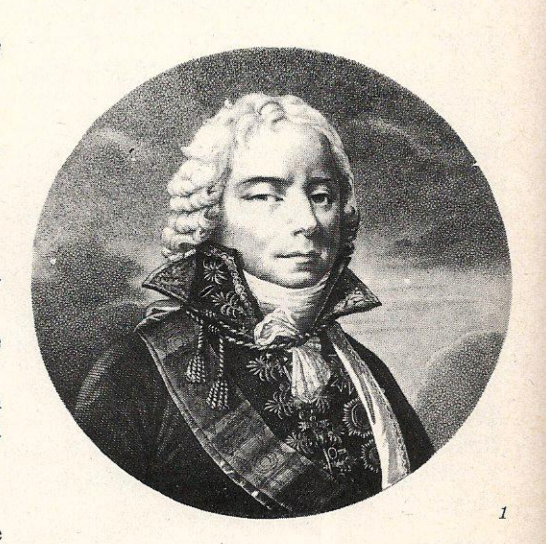
1830
27-29 de julio. Revolución en París.
7 de agosto. Luis Felipe es elegido rey de los franceses.
6 de setiembre. Talleyrand embajador de Francia en Londres.
20 de diciembre. Talleyrand reconoce, en nombre de Francia, la independencia y la neutralidad de Bélgica.

1834
22 de abril. Talleyrand firma la cuádruple alianza entre Francia, Inglaterra, España y Portugal.
Noviembre. Renuncia de Talleyrand, que se retira primero a París y luego a Valençay.

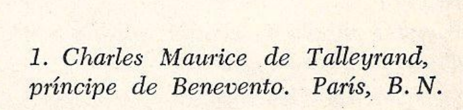
1838
17 de mayo. Talleyrand muere a los 84 años.

"¡Una mierda en medias de seda!", así definía Napoleón a Talleyrand. Gran figura, sin embargo, y que ejerció una profunda influencia sobre la historia del mundo. Indudablemente inteligente, disoluto, cínico, corrompido, admirable producto del antiguo régimen que languidecía, su vida continúa ofreciendo a los escritores excelente materia novelística, a los historiadores el tema de animadas discusiones en torno a esta pregunta: ¿la acción de Talleyrand, fue positiva o nefasta?

La juventud
Charles Maurice de Talleyrand-Périgord nació en París el 2 de febrero de 1754, hijo de un "coronel-niño", el joven Charles Daniel de Talleyrand, oficial de los gra-



1



1. *Charles Maurice de Talleyrand, príncipe de Benevento. París, B. N.*

2. *Coronación de Luis XVI en 1775.* Snark.

3. *El castillo de Valençay.* Snark.

2


3

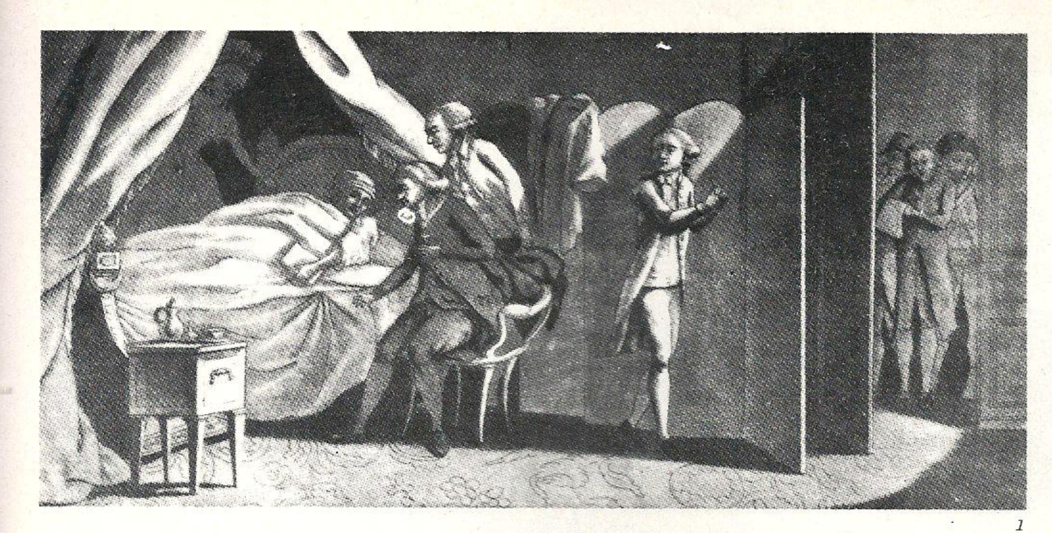
naderos de Francia, de 19 años, y de Alexandrine Marie Victorine Eléonore de Damas d'Antigny, seis años mayor que su marido.

Los Talleyrand-Périgord eran una vieja familia. En 1613 el rey Luis XIII reconoció con cartas patentes la filiación directa de Daniel de Talleyrand, príncipe de Châlais, respecto de los antiguos condes de Périgord, cuyo abuelo Bosón I había vivido a fines del siglo x.

Los historiadores contemporáneos no están tan seguros de esta descendencia como los genealogistas de Luis XIII. Poco importa. Daniel de Talleyrand estrechó lazos con otra gran familia, los Montluc, célebre por el cruel capitán y cronista de las guerras de religión. En efecto, Daniel se casó con la hija de éste, Jeanne Françoise. Sus descendientes se distinguieron en el ejercicio de las armas. Su nieto Gabriel fue muerto en el asedio de Barcelona en 1714, y el hijo de éste, Daniel Marie Anne, cayó en Tournai el 9 de mayo de 1745, dos días antes de la victoria de Fontenoy: es el abuelo de "nuestro" Talleyrand. Antes de morir tuvo trece hijos, y entre ellos estaban Charles Daniel, padre de Charles Maurice, y Alexandre Angélique, que entró en el seminario y llegó a ser arzobispo de Reims en 1777.

Charles Daniel se casó a la edad de 16 años con Alexandrine de Damas, de veintidós. También ella descendía de una vieja familia noble que poseía un castillo y tierras en la región de Dijón. La joven pareja no tuvo sin embargo mucha suerte. Se estableció en París y tuvo, en 1752, un primer hijo, Alexandre, que moriría a la edad de 8 años. Charles Maurice fue el segundo, y le siguieron Archambaud, nacido en 1762, que hizo carrera en el ejército, y cuyos descendientes viven todavía hoy, y Bosón, nacido en 1764, también él hombre de armas.

Probablemente Charles Maurice, como sus antepasados y sus hermanos, habría entrado en el ejército, si no hubiera ocurrido un incidente que modificó su destino. Puesto a cargo de una nodriza, según la costumbre, en casa de una mujer que habitaba en un suburbio de París, ésta lo dejó caer de lo alto de una cómoda, cuando tenía cuatro años. Se dislocó el pie derecho. En aquella época la cirugía de las articulaciones era todavía rudimentaria. Los médicos no supieron curar al niño, que quedó cojo durante toda su vida. Sin embargo, esta versión ha sido puesta en duda y hay quienes se preguntaron si Charles Maurice no era rengo de nacimiento. Muchos testimonios dignos de fe describen la atrofia de sus piernas y la malformación del pie derecho, de modo que se puede pensar en una afección congénita. Ahora bien, no se ha dejado de observar que muchos rengos



1



2

1. Talleyrand asiste a Mirabeau en sus últimos instantes. París, Museo Carnavalet. Snark.

2. El duque de Choiseul, al cual Talleyrand visitó antes de que éste muriera y recibió de él el consejo: "Haz trabajar a los demás, más que trabajar tú mismo." Snark.

de nacimiento presentan anomalías cerebrales. Los extraños rasgos de la inteligencia y del carácter de Talleyrand serían entonces consecuencia de su deficiencia originaria.

La educación

Sea como fuere, congénita o accidental, esta enfermedad, aparte de obligar al niño a llevar una vida anormal, impidió que sus padres pensaran en hacerle seguir la carrera militar. Decidieron entonces hacerlo entrar en la Iglesia, como su tío Alexandre. Confiaron primero el muchacho a la bisabuela, que era nieta de Colbert y habitaba en su castillo de Châlais, al sur de Angulema. "Es la primera mujer de mi familia que me demostró afecto", escribiría más tarde Talleyrand. Permaneció allí hasta los ocho años, edad en que fue internado en el colegio de Harcourt, en París, sin haber podido siquiera abrazar a sus padres que, por lo demás, no se ocuparon en absoluto de su educación e instrucción. En cuanto a esta última, unos pretenden que Talleyrand fue un alumno brillante, y otros, por el contrario, mediocre, y ningún documento permite a los historiadores inclinarse hacia una u otra tesis. Siguió el ciclo normal de estudios y dejó el colegio en 1769, el mismo año en que Napoleón nacía en Ajaccio.

Para orientarlo hacia el sacerdocio, sus padres lo colocaron en casa de su tío Alexandre, que era entonces coadjutor del arzobispo de Reims. Permaneció allí un año, sin que su amor por el estado eclesiástico se acrecentara. Pese a ello, en 1770 ingresó al seminario de Saint Sulpice, en París. Debía permanecer allí cinco años. El instituto poseía una hermosa biblioteca, provista de las obras más recientes, también de filosofía. Transcurrió en ella la mayor parte de su tiempo. Entonces tomó por primera vez contacto con los libros que criticaban el régimen y la sociedad. Comenzó en este punto su educación política y su escepticismo respecto de los hombres y de las cosas.

En Saint Sulpice, Talleyrand tuvo además su primera aventura sentimental, y no hay que sorprenderse de ello. La vida de los seminaristas era en aquella época menos austera que hoy. Durante las funciones, el joven Talleyrand notó a una graciosa muchacha que lo impresionó por su aspecto "simple y modesto". A la salida de la iglesia —llovía a mares— le propuso acompañarla y ella consintió. Volvieron a verse y muy pronto fueron amantes: su nombre era Dorothée Dorinville, actriz de la *Comédie française* bajo el nombre de Luzy.

La relación no tardó en ser descubierta por el Superior, y estalló el escándalo. Talleyrand debió abandonar, discretamente, el seminario. Se ha dicho que "el amor por las mujeres y el amor por el dinero" fueron los dos grandes motores de la vida

de Talleyrand. El amor del seminarista de 20 años sólo era el exordio de una larga carrera constelada de numerosas conquistas. Por otra parte, no es seguro que durante su permanencia en el seminario, Luzy haya sido su única amante. Se ha contado que también había seducido a la hija de un rotisero, Julienne Picot. Para llegar a ella, escalaba de noche el muro exterior, valiéndose de un tilo al que trepaba desde el techo de un coche que un cochero complaciente estacionaba en la vecindad. ¿Será verdad? Imposible discernir en qué medida la fama aumenta la realidad de las cosas.

La vida eclesiástica

Estas intrigas amorosas no impidieron a Talleyrand tomar las órdenes menores en París el 1º de abril de 1775. El 11 de junio siguiente asistió a la consagración de Luis XVI en la catedral de Reims. El 24 de setiembre del mismo año el mismo rey le confería en encomienda la abadía de Saint Denis de Reims, que producía casi dieciocho mil libras por año. Por último, siempre en 1775, año fausto para Talleyrand, fue nombrado, cuando sólo tenía 21 años, diputado del bajo clero de la provincia eclesiástica de Reims ante la Asamblea general del clero de Francia en París. Esta asamblea se reunía cada cinco años para discutir los intereses generales del clero. Sacerdote a pesar suyo, Talleyrand era ya un personaje ilustre. Descendiente de una gran familia francesa, nadie dudaba de que estuviera destinado al episcopado. Ya que tal debía ser su carrera, Charles Maurice estimó útil acelerar su ascenso completando títulos universitarios. El 2 de marzo de 1778 obtuvo en la Sorbona la licenciatura en teología y el 18 de diciembre de 1779 fue ordenado sacerdote. Al día siguiente su tío Alexandre, arzobispo de Reims, lo nombraba vicario general.

El abate de Périgord —así se llamaba entonces Talleyrand— llevaba la vida típica de los "abates de corte". Aunque eran relativamente poco numerosos, estos abates gozaban de mucho predicamento e influencia. Sería sin embargo erróneo juzgar a todo el clero de Francia, a fines del antiguo régimen, sobre la base de algunos privilegiados de fe escasa y de existencia frívola. Pero Talleyrand fue un "abate de corte" en toda la acepción del término, decidido a aprovechar al máximo las delicias de una época acerca de la cual él mismo escribió: "Quien no ha vivido en los años vecinos a 1779 no sabe qué es la alegría de vivir". Frecuentó entonces a la juventud dorada; sus amigos, o más exactamente sus compañeros —¿tuvo alguna vez verdaderos amigos?— eran el conde Luis de Narbonne, que se decía hijo natural de Luis XV, futuro ministro de Luis XVI, luego embajador de Napoleón; Armand de Gontaut, duque de Lauzun, combatiente de la guerra norteamericana, célebre por sus aventuras galantes y por su pericia militar; el conde de Antraigues, hermoso tipo de aventurero que durante veinte años tejerá intrigas en las cortes de Europa como portador de noticias, en su mayoría falsas, acerca de la Francia revolucionaria e imperial; el banquero Panchaud, que inició al joven Charles Maurice en el arte difícil, pero apasionado, de multiplicar rápidamente su dinero; el conde de Mirabeau, que salía de la Bastilla. Por supuesto el abate de Périgord tenía múltiples relaciones con mujeres hermosas. Frecuentaba a Louise de Rohan, hija del príncipe Charles de Rohan-Montauban, condesa de Brionne, y a la nuera de ésta, la princesa de Vaudémont, pero sobre todo a la condesa de Flahaut, que seguramente fue su amante. Tuvo de ella un hijo, más tarde general del Imperio, embajador de Luis Felipe y amante de la reina Hortense, madre de Napoleón III, de la cual tuvo a su vez un hijo, el duque de Morny. Esta sociedad se reunía en los salones, en torno a mesas lujosamente servidas, en conversaciones literarias. Todo este buen mundo leía mucho, y también conocía los "filósofos". Naturalmente, los libros frívolos no estaban excluidos. El gobernador Morris cuenta que Talleyrand, al cual él encontró en esta sociedad, le prestó uno de los libros más obscenos que haya producido el siglo XVIII, *Le portier des chartreux*. Se discutía también de política, y alimentaban la conversación los problemas del momento, la guerra norteamericana, las dificultades financieras de Francia.

En 1780, cuando sólo tenía 26 años, Talleyrand fue llamado a una función de gran importancia, la de agente general del clero. La asamblea del clero de Francia elegía, en efecto, en el curso de sus reuniones quinquenales, dos miembros suyos encargados de representarla permanentemente ante el rey y el gobierno. En este cargo, Talleyrand tuvo como colega al abate Thomas de Boisgelin, primo del arzobispo de Aix. Como agente general del clero, Talleyrand estaba ya en relación constante con los ministros. Tuvo así manera de iniciarse en los negocios del Estado, y de hacerse conocer por el personal administrativo. Bajo la influencia de las "ideas nuevas", Talleyrand propuso mejorar las condiciones del bajo clero aumentando las "porciones congruas", es decir, los magros estipendios que dejaban a los curatos los "diezmadores", eclesiásticos o laicos, que recolectaban los diezmos. Talleyrand tuvo éxito en su intento, pero el aumento, demasiado exiguo, no reconcilió a los curatos con el antiguo régimen.

Como toda la nobleza "liberal", Talleyrand se adhirió a la masonería: pertenecía a la logia de los "Amigos reunidos", la de Mirabeau.

La vida disipada, las amantes, el grado que ocupaba en la masonería, no impidieron a Talleyrand llegar a ser obispo. Cuando abandonó el cargo de agente general del clero, en 1786, se afanó de mil maneras para llegar al episcopado. No logró hacerse asignar el arzobispado de Bourges cuyo titular murió en 1787, ni la sede de Nancy, cuyo obispo fue transferido a Bourges. Estos fracasos lo desalentaron por un momento: "No preveo por un largo tiempo, movimientos en el clero", escribía a su amigo Choiseul-Gouffier. "Y cuando se presente la coyuntura, ¿me será dado el puesto adecuado para mí y para el cual yo sea adecuado?" Charles Maurice se desesperaba sin razón.

El arzobispo de Lyon murió el 2 de mayo de 1788 y fue sustituido por Alexandre de Marbeuf, obispo de Autun: Talleyrand tomó el puesto de este último. Su nombre, su familia, habían prevalecido sobre la "buena conducta, costumbres, piedad, doctrina, gran capacidad y otras loables cualidades" que el rey, según la fórmula, se dignaba reconocerle.

El aspecto de Talleyrand era entonces el que conservaría durante toda su vida: el rostro atrayente, fino, muy pálido: se le encontró más tarde un gran parecido con Robespierre que impresionó a sus contemporáneos. Como era rengo, llevaba siempre consigo una caña de junco con la cual acostumbraba, mientras estaba sentado, golpetear la pierna débil, la derecha. En cuanto a su espíritu, soportaba las consecuencias de una educación privada de afectos, y los complejos debidos a su inferioridad. La aridez de su ánimo, la insensibilidad del corazón, el cinismo, la ausencia de todo sentido moral, son sus rasgos dominantes. Subyugar a los débiles y disfrutar de ellos, lograr la alianza de los hombres inteligentes y poderosos, con el secreto pensamiento de hacer de ellos más tarde instrumentos suyos, ulular siempre con los lobos, despreciar al que bala junto con los corderos, éstas son las líneas directrices de su conducta. En fin, coleccionar éxitos sentimentales y acumular dinero contante y sonante, he aquí los fines a los que tendía. Desde este punto de vista, el arzobispado de Autun le procuró ventajosos aumentos de sus réditos, no directamente, porque no producía más de 22.000 libras. Pero Talleyrand gozaba del arriendo de la abadía de Saint Denis de Reims, que llegaba a unas 18.000 libras, a la cual el rey había agregado desde el 3 de diciembre de 1787 el beneficio de la abadía de Celles en Poitou, que era de más o menos 12.000 libras; en total, entonces, alrededor de 52.000 libras. Recordemos que en la misma época Napoleón Bonaparte, en su oscura guarnición de Auxonne, a unas veinte leguas de Autun, percibía como sueldo 1.120 libras al año. El 12 de marzo de 1789, el nuevo obispo de Autun hizo su

ingreso en la diócesis. Tres días más tarde tomó posición oficialmente de su sede. Pero en ese momento los problemas religiosos habían sido eclipsados por otros, de gran relieve: acababa de comenzar la Revolución.

La Revolución

La Revolución, es decir, la transformación radical de las estructuras políticas, económicas, sociales y también intelectuales, había hecho su aparición en el mundo occidental hacia 1770. Su primer signo clamoroso había sido la Revolución norteamericana, que desembocó en el reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos en 1783. Luego las conmociones habían llegado a Europa: Inglaterra e Irlanda (1780), Ginebra y Suiza (1782), Holanda (1783-1787), y por último Bélgica y Francia desde 1787. La Asamblea de los notables reunida en Versalles en 1787 no había podido sino comprobar la quiebra del régimen. Talleyrand no formó parte de esta Asamblea, pero siguió de cerca sus trabajos. El ministro Calonne le había pedido también que colaborara en la redacción de numerosas memorias que le fueron sometidas. Él creyó por un instante en el éxito de la Asamblea, y fue quizás esta orientación la que lo enemistó entonces a Mirabeau. En todo caso, el fracaso de los notables tuvo como consecuencia la convocatoria de los Estados generales. Era éste justamente el gran objetivo del cual se estaban ocupando en la diócesis de Autun en el momento en que Charles Maurice ocupó su sede. Las elecciones estaban en curso, las primeras, según es sabido, desde 1614. Cada uno de las tres órdenes tenía que elegir sus diputados. Los del clero eran designados por una asamblea que incluía al obispo, a los curatos de parroquia, a los canónigos regulares y a los representantes de las órdenes monásticas (exceptuadas las órdenes mendicantes). Las asambleas electorales del clero eligieron generalmente, pero no siempre, al obispo como diputado ante los Estados generales: fue elegido Talleyrand. Éste redactó el *cahier de doléances* [libro de quejas] del clero de Autun e hizo incluir en él un cierto número de reivindicaciones liberales: adopción de una constitución que organizase en Francia un régimen representativo, reconociese la libertad, protegiese la propiedad y proclamase la igualdad fiscal. Un mes después de su llegada a Autun, dejaba ya la diócesis para dirigirse a Versalles.

Talleyrand presenció la apertura de los Estados generales. Participó en la gran procesión del 4 de mayo. Acerca de él escribió un testigo: "Una cabeza de ángel animada por el espíritu de un diablo". El diablo rengo, se dijo más tarde: feliz definición que se le adaptaba perfectamente. Desde las primeras sesiones Talleyrand se mostró favorable a la causa popular, es decir, a la reunión de las tres órdenes en una "asamblea nacional", y al "voto por cabeza" que debía dar automáticamente la supremacía a los diputados del Tercer Estado. Sin embargo, temía las agitaciones de la plaza y deseaba que las principales reformas reclamadas por los *cahiers* se realizaran a través de la corona. No fue así. Inducido por los aristócratas, Luis XVI rehusaba todo cambio radical. El "programa" que propuso a la Asamblea el 23 de junio era demasiado anodino como para satisfacer a los franceses. La Asamblea se rehusó a discutirlo. Pronto Luis XVI pensó en un golpe de fuerza, reunió tropas en torno a París y, el 11 de julio, dejó cesante a Necker, el ministro partidario de las reformas. La noticia de la caída de Necker provocó la insurrección de París y la toma de la Bastilla el 14 de julio. ¿Cómo debía reaccionar Luis XVI? Se ha dicho que Talleyrand, en la noche del 16 al 17 de julio, habría acudido al rey y al hermano de éste, el conde de Artois, para aconsejarles la resistencia. El rey se habría mostrado propenso a la capitulación. El conde de Artois habría declarado que en este caso dejaría Francia, y Talleyrand habría concluido de ello: "Entonces, Monseñor, sólo nos queda a cada uno de nosotros pensar en los propios intereses, desde el momento que el rey y los príncipes desertan de los propios y los de la monarquía". La anécdota no es cierta, pero sin embargo es verosímil.

De todos modos, al día siguiente de la toma de la Bastilla, Talleyrand se destaca ante la Asamblea constituyente por su celo revolucionario. Durante la famosa noche del 4 de agosto de 1789, en cuyo transcurso las dos primeras órdenes del Estado así como las provincias y las ciudades renunciaron a sus privilegios, estuvo entre los oradores del clero que subieron a la tribuna para renunciar solemnemente no sólo a los derechos señoriales, sino también a los diezmos. Fue aún más allá, y el 10 de octubre propuso poner los bienes del clero a disposición de la nación a fin de pagar las deudas del Estado. Después de vivaces discusiones, la propuesta fue votada el 2 de noviembre. Talleyrand se mostró también ardiente partidario de la reforma administrativa y de una división racional de Francia en departamentos.

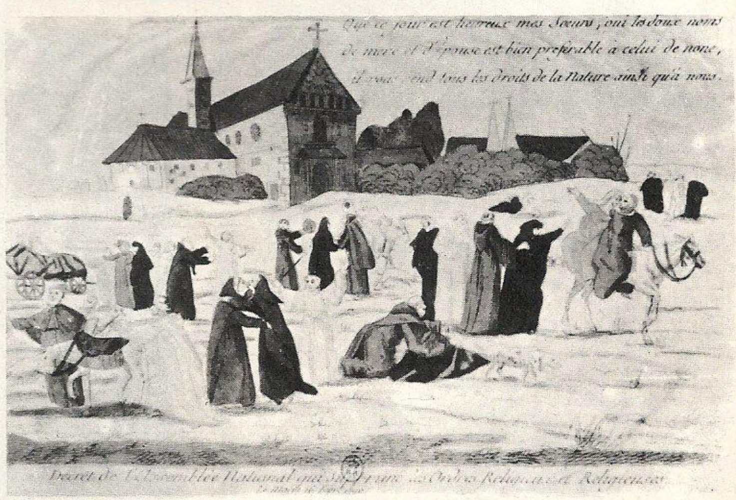
El abandono de sus bienes por parte del clero, a cambio de un estipendio pagado por el Estado a los obispos y a los curatos, tenía como resultado adjudicar a la nación el cuidado de la instrucción pública que hasta entonces había sido impartida por la Iglesia. Era necesario entonces preparar un nuevo plan de educación nacional conforme con las ideas del tiempo. Talleyrand fue encargado de presentar un informe sobre sus fundamentos. Su memoria contenía alguna idea interesante, pero menos que la de Condorcet, que debía servir de base para las discusiones ulteriores de las asambleas revolucionarias. Talleyrand se ocupó también de la reforma de los pesos y medidas, cuya unificación proponía, como todos los espíritus "iluminados". Pero hubiera querido que el nuevo sistema fuese adoptado contemporáneamente por Francia e Inglaterra. Esto hubiera constituido, según él pensaba, un buen medio para hacer que más tarde el sistema se volviera universal y para acercar a los dos países. La instauración de relaciones amistosas entre Francia e Inglaterra aparece, desde este momento, como una de las ideas directrices de Talleyrand, y así seguirá siendo durante toda su vida.

Sin embargo, el acontecimiento que marca el apogeo de la carrera de Talleyrand en la Asamblea constituyente, fue la fiesta de la Federación, el 14 de julio de 1790. El papel que allí desempeñó lo puso en posición destacada y lo hizo conocer por todo el país. Para celebrar el primer aniversario de la toma de la Bastilla, las guardias nacionales de todas las comunas de Francia habían enviado delegaciones a París. Más de cien mil federados, reunidos en un inmenso anfiteatro preparado con toda prisa en el Campo de Marte, debían oir, después de una misa celebrada al aire libre, cómo el rey y Lafayette, general de las Guardias nacionales, prestaban juramento a la Ley y a la Nación. Talleyrand fu encargado de celebrar la misa, rodeado por un coro de cuatrocientos niños; lo hizo con aflicción aparente pero poco sincera. Lafayette cuenta que al subir al altar, Talleyrand le dijo en voz baja: "¡Esta vez, por favor, no me haga reir!" Por la noche, luego de cambiarse los hábitos episcopales, Talleyrand se dirigió a una célebre casa de juego donde ganó sumas considerables. La misa del 14 de julio de 1790 fue, por otra parte, la última que celebró en público. Sus vínculos con la Iglesia se fueron haciendo cada vez más lábiles. Contribuyó notablemente a hacer votar por la Asamblea la Constitución civil del clero, la cual, sin consentimiento del papa, reorganizaba por completo la Iglesia de Francia. Las circunscripciones eclesiásticas venían a coincidir con las divisiones administrativas, los obispos y los curatos debían ser elegidos por todos los ciudadanos activos, católicos o no, y recibir un estipendio del Estado. Se suprimían los conventos. Los obispos debían ser designados por el metropolitano (o arzobispo). Estaba prohibido a los obispos pedir confirmación al papa; sólo podían escribirle "para testimoniar la unidad de fe y de comunión". Los funcionarios eclesiásticos tenían que prestar juramento "de fidelidad a la Nación, a la ley y al rey, y comprometerse a salvaguardar con todo su poder la Constitución". La Constitución civil del clero fue votada en julio de 1790 y, contrariamente a la gran mayoría de los obis-

1



2



3

1. *Juramento civil de los obispos de Francia, de Desrais, 1793. París, Museo Carnavalet.* Snark.

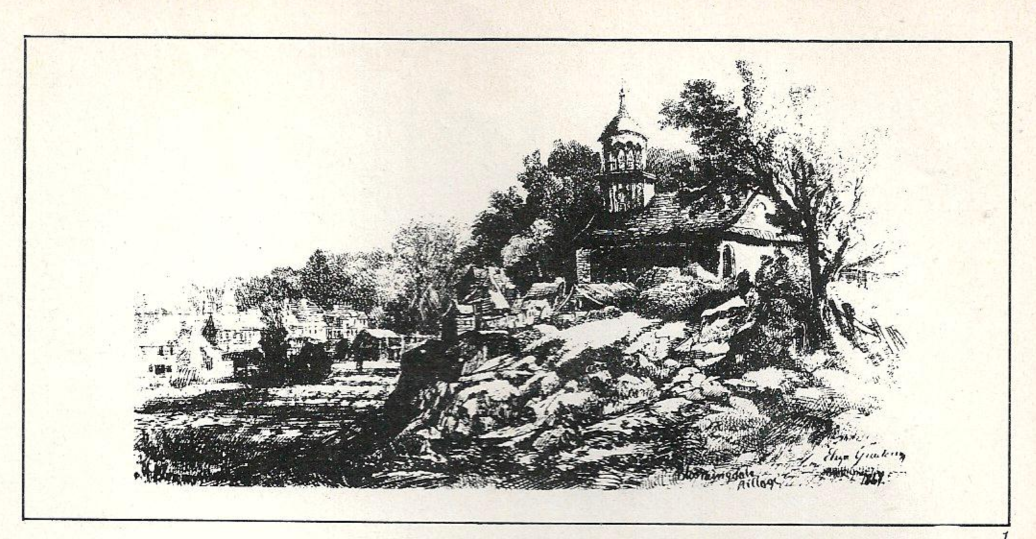
2. *Caricatura revolucionaria sobre el clero. París, Museo Carnavalet.* Snark.

3. *Caricatura sobre la supresión de las órdenes religiosas, 1790. París,* B. N. Snark.

1. El pueblo de Bloomingdale, sobre el río Hudson, donde vivió Talleyrand durante su estadía en Norteamérica. Grabado de A. Robertson, 1796. París, B. N. Snark.

2. Nueva York en un grabado de A. Robertson, 1796. París, B. N. Snark.

3. Talleyrand según un cuadro de J. F. Garneray. Versalles, Col. Lambinet. Snark.



1



2



3

pos que esperaban instrucciones del papa, Talleyrand no demoró en prestar el juramento prescripto (28 de diciembre de 1790). Fue elegido algunos días más tarde administrador del departamento de París y aprovechó la ocasión para renunciar, en enero de 1791, al cargo de obispo de Autun. Durante este período tenían lugar las elecciones episcopales conforme a la Constitución civil y sin conocer la opinión del papa. Los nuevos obispos elegidos sólo podían ejercer si habían recibido de viejos y auténticos obispos la institución canónica. Siete de los viejos obispos prestaron juramento, pero seis de ellos se rehusaron a instituir a los obispos recién elegidos. Sólo Talleyrand aceptó, aunque había renunciado a su episcopado, y el 22 de febrero de 1791 instituyó a Expilly, obispo de Finisterre, y a Marolles, obispo de Aisne. En los dos días sucesivos, Talleyrand, y luego los obispos instituidos por él, procedieron a su vez a la institución de todos los obispos elegidos. Se ha podido decir entonces, no sin razón, que Talleyrand fue el "padre" del episcopado "constitucional" de Francia. El 24 de febrero, asistido por Gobel, obispo *in partibus* de Lydda y por Miroudot, obispo *in partibus* de Babilonia, consagró a muchos de los nuevos "obispos constitucionales". Pero con los breves del 10 de marzo y el 13 de abril, el papa Pío VI condenaba formalmente la Constitución civil del clero, y también el 13 de abril excomulgaba a Talleyrand. Esta excomunión parece haber contado menos en la vida de Charles Maurice que la muerte de Mirabeau, ocurrida el 2 de abril. Los dos hombres, como se recordará, después de haberse encontrado antes de la Revolución, se habían alejado y luego reconciliado en la Constituyente. Frecuentaban los mismos clubes y los mismos garitos. Talleyrand admiraba la elocuencia del tribuno y envidiaba su influencia. Después de su muerte trató de tomar su lugar y de llegar a ser consejero secreto de Luis XVI. Además, también sustituyó a Mirabeau como miembro del Directorio del departamento de París. Al fin de la Constituyente, es decir, en el verano de 1791, el papel de Talleyrand era más importante que nunca. Pero la Asamblea se disolvió el 30 de setiembre, después de haber decidido, algunas semanas antes, a propuesta de Robespierre, que ninguno de sus miembros podía ser ya elegido ante la asamblea legislativa que debía sucederle. ¿Qué ocurriría con Talleyrand, ahora que ya no era ni siquiera obispo?

Primeros pasos en la diplomacia

¿Por qué fue encargado, cuando se clausuró la Asamblea constituyente, de una misión diplomática? Se ha dicho a menudo que los eclesiásticos podían ser buenos diplomáticos, y en la historia de Francia, bajo el antiguo régimen, abundan ejemplos de obispos ministros de Relaciones Exteriores o embajadores. Talleyrand estaba muy vinculado, según hemos dicho, con Narbonne, ministro de Guerra. Ahora bien, desde octubre de 1791 se sentía la amenaza de la guerra; los emigrados reunidos a orillas del Rin se esforzaban por levantar contra Francia a los soberanos de Austria, Rusia y Prusia, que por lo demás habían proclamado en Pillnitz, el 27 de agosto de 1791, que estaban dispuestos a detener la marcha de la Revolución. Luis XVI y la familia real esperaban, por cierto, que ocurriera una intervención extranjera que los liberara, pero los revolucionarios pensaban también en una guerra preventiva que disipase la amenaza que pendía sobre el nuevo régimen francés. Para que la guerra pudiera emprenderse con éxito era necesario apartar de la acción a Prusia y a Inglaterra, y la cosa parecía posible. ¿No pasaba el gobierno prusiano, después de Federico II, por uno de los más "iluminados" de Europa? En cuanto a Inglaterra, ¿sus instituciones no habían servido acaso de modelo a la Francia revolucionaria? El ministro de Relaciones Exteriores, Delessart, envió al conde de Ségur a Berlín y a Talleyrand a Londres: se sabe que Talleyrand, desde largo tiempo, aspiraba a una unión más estrecha entre Francia e Inglaterra. Llegó a la capital británica el 24 de enero de 1792 y pronto se sintió desilusionado. La familia real lo acogió en forma descortés: su reputación de cínico y libertino lo había precedido, y aunque la familia real no fuese católica no podía dar buena acogida a un obispo que había dejado los hábitos. Además, él iba acompañado por un amigo, Biron, encargado de adquirir cuatro mil caballos para el ejército francés: éste no tardó en ser aprisionado por deudas. Talleyrand sabía ya digerir tragos amargos; pidió audiencia a los ministros. Pitt y Grenville lo acogieron en forma bastante favorable. Talleyrand les propuso establecer relaciones amistosas entre los dos países, los más liberales de Europa; cada uno garantizaría la integridad territorial del otro; Francia, por su parte, reconocería el dominio inglés sobre Irlanda y sobre la India. El gobierno británico no respondió a estos ofrecimientos. "Creedme —escribió Talleyrand a París—, el acercamiento a Inglaterra es una quimera". ¿Era necesario abandonar toda esperanza? "Persisto en pensar —escribe todavía— o más bien estoy más seguro que nunca de que aquí, y sólo aquí, está nuestro buen terreno, pero esta tierra produce lentamente". De hecho, Talleyrand estaba convencido de que Inglaterra no intervendría contra Francia si ésta no atacaba a los Países Bajos holandeses. Talleyrand volvió a París el 10 de marzo.

La situación se había agravado. El emperador Leopoldo, que propiciaba la paz, había muerto de improviso el 1º de marzo. Su hijo y sucesor, Francisco, educado en las ideas conservadoras, deseaba la guerra contra la Revolución. En Francia, Luis XVI practicaba la política de precipitar lo peor. El 10 de marzo llamó a ocupar el ministerio a los "girondinos", es decir, a aquéllos que en esa época constituían el ala izquierda del partido revolucionario, esperando que tomasen la iniciativa de la guerra, de la cual aguardaba su propia liberación. El general Dumouriez ocupó el cargo de ministro de Relaciones Exteriores. A él refirió Talleyrand su misión, y lo persuadió de enviar como ministro plenipotenciario a Londres a un joven de 26 años, pero que tenía un nombre célebre en la diplomacia francesa, Chauvelin. Él mismo lo acompañaría como *attaché*, pues la ley le impedía ocupar ningún cargo oficial durante los dos años que seguían a la finalización de su mandato como diputado.

Talleyrand y Chauvelin dejaron París y se dirigieron a Londres el 23 de abril: tres días antes Francia había declarado la guerra al "rey de Bohemia y de Hungría", es decir, al emperador, y pronto debía enterarse de que, contrariamente a las esperanzas de los revolucionarios, Prusia se unía a Austria contra Francia. Era más importante que nunca mantener a Inglaterra en la neutralidad. Talleyrand había obtenido que Luis XVI le confiase una carta personal para el rey Jorge III que terminaba con estas palabras: "Reunidos, debemos dictar la paz a Europa". Esta carta habría debido permanecer secreta, pero como consecuencia de una indiscreción inoportuna, quizás debida a los enemigos de Talleyrand, fue publicada en muchos diarios franceses. Pese a este incidente, la misión tuvo éxito y el 25 de mayo el gobierno británico proclamó su neutralidad. Dumouriez transmitió sus congratulaciones a Chauvelin, pero ninguno ignoraba que era Talleyrand el verdadero artífice de ese hecho. Éste hubiera querido llegar más allá, hasta concluir una alianza franco-británica. Pero era imposible: Gran Bretaña exigía la cesión de las colonias. En Francia, por otra parte, la situación se desarrollaba rápidamente. Las tropas francesas eran derrotadas en la frontera belga. Para organizar la defensa nacional la Asamblea legislativa votaba tres importantes decretos: la disolución de la guardia real, que resultaba sospechosa; la deportación de los sacerdotes "refractarios"; la formación, bajo los muros de París, de un campo de voluntarios "federados". Luis XVI se negó a ratificarlos y dejó cesante al ministro girondino. Ni siquiera una gran manifestación popular, la del 20 de junio, pudo obligarlo a volver sobre sus decisiones: consideraba próxima su liberación y nombró ministros a personas moderadas, carentes de fuerte personalidad. Chambonas, nuevo ministro de Relaciones Exteriores, llamó a Talleyrand a París para realizar

consultas. Charles Maurice dejó Londres el 5 de julio. Encontró a París en plena agitación.

La actitud asumida por el rey el 20 de junio había reanimado a sus sostenedores. El síndico de París, Pétion, considerado como uno de los jefes de la manifestación del 20 de junio, había sido suspendido. Lafayette, que comandaba uno de los ejércitos, llegó a París con la esperanza de realizar un golpe de fuerza que habría salvado a la familia real. Pero María Antonieta no quiso su ayuda. El viento no tardó en cambiar de dirección. El 11 de julio los revolucionarios obtenían de la Asamblea que ésta declarase a "la patria en peligro". Pétion fue reintegrado en sus funciones el 12 de julio. Muchos administradores del departamento de París renunciaron en señal de protesta: entre ellos Talleyrand, el 28 de julio. Con este gesto él se clasificaba entre los adversarios de la nueva revolución que iba preparándose. En efecto, el pueblo de París se apoderaba del castillo real de las Tullerías el 10 de agosto. Luis XVI y su familia, arrestados, eran encerrados en la torre del Temple. Talleyrand corría serios riesgos de aparecer como sospechoso. Se apresuró entonces a aprobar los acontecimientos, a reconocer al Consejo ejecutivo provisorio que dirigía desde entonces a Francia, y a redactar en su nombre una circular dirigida a las potencias europeas para explicarles los acontecimientos que habían ocurrido en París: naturalmente echaba la responsabilidad sobre Luis XVI solamente, que había "minado la Constitución" e intentado corromper a los patriotas. La toma de las Tullerías era obra del "pueblo de París... unido a los esforzados federados de todo el reino". Sin embargo, para evitar en Francia el desarrollo de la guerra civil, era necesario, según Talleyrand, impedir la guerra general y mantener por lo tanto a Inglaterra en la neutralidad a cualquier costo. De esto intentó convencer al Consejo ejecutivo, afirmando que si lo enviaban nuevamente a Londres podría conducir a buen puerto este plan político. El Consejo no fue de esta opinión. Entonces Talleyrand que ya no se sentía seguro en París, donde se multiplicaban los arrestos de sospechosos, pidió volver a Londres a título privado, para arreglar asuntos personales que había dejado allí en suspenso. Para obtener el pasaporte se dirigió a Danton, ministro de Justicia y jefe real del Consejo, el 1º de setiembre. Al día siguiente, ante la noticia de la toma de Verdun por parte de los prusianos, comenzaron las masacres de los sospechosos en las prisiones de París. Era tanto más urgente para Talleyrand abandonar Francia. Charles Maurice recibió por fin su pasaporte, firmado por los seis ministros, el 7 de setiembre. El 18 estaba en Londres por tercera vez.

El emigrado

Aunque no estaba encargado de ninguna misión oficial, Talleyrand continuó encontrándose con los políticos ingleses, persiguiendo siempre el mismo objetivo: mantener la neutralidad británica. El 25 de noviembre de 1792 hizo llegar a Lebrun, ministro entonces de Relaciones Exteriores en París, una *Memoire sur les rapports actuels de la France avec les autres états de l'Europe* [Memoria sobre las relaciones actuales de Francia con los otros estados de Europa]: proponía que Francia se contentase con su territorio; procurase, por cierto, la libertad a los vecinos que la reclamaban, belgas, saboyanos, renanos; pero renunciase a toda conquista. Así podría impedir una generalización de la guerra. Ahora bien, los girondinos, que estaban entonces en el poder, perseguían una política totalmente contraria; ellos querían no sólo "liberar a los pueblos", sino dar a Francia sus "fronteras naturales". Las tropas francesas ocuparon inmediatamente la desembocadura del Escalada, reabriendo el río al comercio mundial, con gran desazón de los ingleses. En el interior, el proceso de Luis XVI excitaba las pasiones. El material secuestrado del "armario de hierro", en el cual el rey guardaba sus documentos secretos, era objeto de examen minucioso. Ese material revelaba que Talleyrand había estado en relaciones secretas con el rey en abril y en mayo de 1791. El 5 de diciembre de 1792 la Convención promulgaba un decreto que ponía bajo acusación a "Talleyrand-Périgord, ex obispo de Autun" y ordenaba sellar sus documentos. Talleyrand envió desde Londres su defensa, que fue publicada en el "Moniteur". Negaba haber tenido "ninguna especie de vinculación directa o indirecta" con el rey. La Convención no quedó en absoluto persuadida y mantuvo su decreto, lo cual indujo a Talleyrand a permanecer prudentemente en Londres. Pero también esta permanencia debía volvérsele pronto difícil. Después de la ejecución de Luis XVI las relaciones entre Francia e Inglaterra se pusieron tensas. Se declaró la guerra el 1º de febrero. Talleyrand, rechazado de Francia, no era sino un emigrado. Vivía en el grupo de los otros emigrados, por lo menos en el de la "segunda emigración", es decir, los liberales que habían dejado Francia desde 1791: Narbonne, Mathieu, de Montmorency, Jaucourt, la condesa de La Châtre, madame de Staël, madame de Genlis y su antigua amante, madame de Flahaut. Frecuentaba también a algunos jefes del partido whig, en particular a lord Landsdowne, Sheridan y Fox. Escribía; redactó entonces la biografía del duque de Orléans, Felipe Igualdad, que, no publicada de inmediato, ocupó más tarde un lugar en sus memorias. Sus recursos financieros se debilitaron pronto; para vivir debió vender la biblioteca que había llevado

1. *Barras, miembro del Directorio.* Snark.

2. *Talleyrand según dibujos de David. París, Museo Carnavalet.* Snark.

3. *Talleyrand. París, B. N.* Snark.

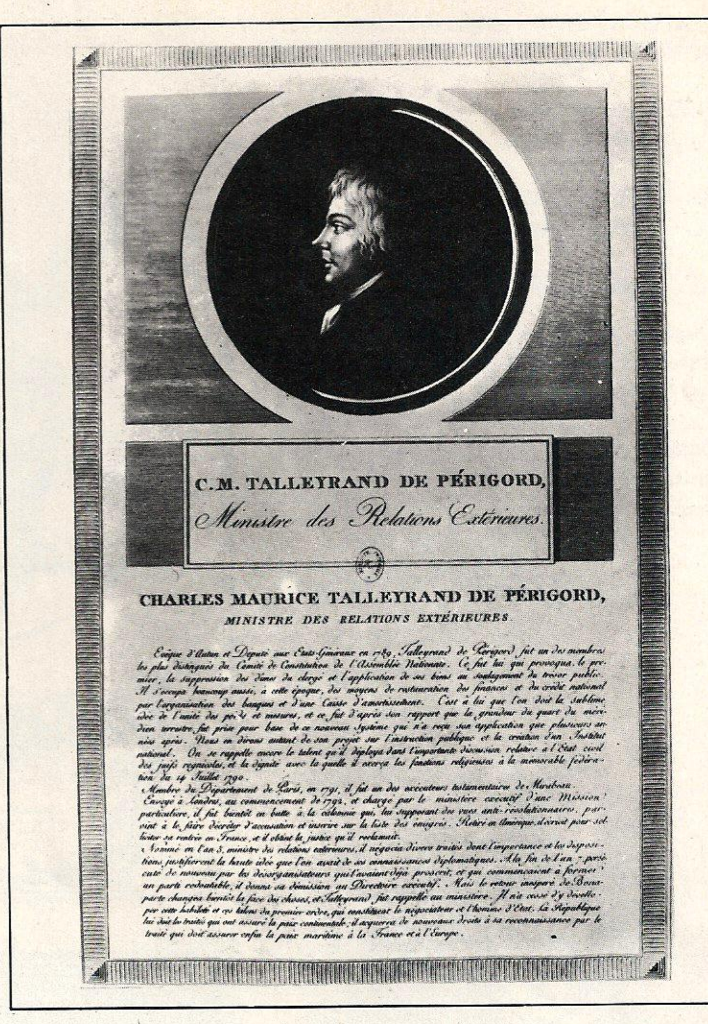
4. *Petición de Talleyrand en la Convención, 16 de junio de 1795. París, B. N.* Snark.

5. *Texto de un discurso de Talleyrand, del 3 de julio de 1797. París, B. N.* Snark.


1



2



C.M. TALLEYRAND DE PÉRIGORD,

Ministre des Relations Extérieures.

CHARLES MAURICE TALLEYRAND DE PÉRIGORD,

MINISTRE DES RELATIONS EXTÉRIEURES.

Evêque d'Autun et Député aux Etats-Généraux en 1789, Talleyrand de Périgord fut un des membres les plus distingués du Comité de Constitution de l'Assemblée Nationale. Ce fut lui qui provoqua, le premier, la suppression des dîmes du clergé et l'application de ses biens au soulagement du trésor public. Il s'occupa beaucoup aussi, à cette époque, des moyens de restauration des finances et du crédit national par l'organisation des banques et d'une Caisse d'amortissement. C'est à lui que l'on doit la sublime idée de l'unité des poids et mesures, et ce fut d'après son rapport que la grandeur du quart du méridien terrestre fut prise pour base de ce nouveau système qui n'a reçu son application que plusieurs années après. Nous en dirons autant de son projet sur l'instruction publique et la création d'un Institut national. On se rappelle encore le talent qu'il déploya dans l'importante discussion relative à l'Etat civil des juifs regnicoles, et la dignité avec laquelle il exerça les fonctions religieuses à la mémorable fédération du 14 Juillet 1790.

Membre du Département de Paris, en 1791, il fut un des exécuteurs testamentaires de Mirabeau.

Envoyé à Londres, au commencement de 1792, et chargé par le ministère exécutif d'une Mission particulière, il fut bientôt en butte à la calomnie qui, lui supposant des vues anti-révolutionnaires, parvint à le faire décréter d'accusation et inscrire sur la liste des émigrés. Retiré en Amérique, il écrivit pour solliciter sa rentrée en France, et il obtint la justice qu'il réclamait.

Nommé en l'an 5, ministre des relations extérieures, il négocia divers traités dont l'importance et les dispositions justifièrent la haute idée que l'on avait de ses connaissances diplomatiques. A la fin de l'an 7, persécuté de nouveau par les désorganisateurs qui l'avaient déjà proscrit, et qui commençaient à former un parti redoutable, il donna sa démission au Directoire exécutif. Mais le retour inespéré de Bonaparte changea bientôt la face des choses, et Talleyrand fut rappellé au ministère. Il n'a cessé d'y développer cette habileté et ces talens du premier ordre, qui constituent le négociateur et l'homme d'Etat. La République lui doit les traités qui ont assuré la paix continentale; il acquerra de nouveaux droits à sa reconnaissance par le traité qui doit assurer enfin la paix maritime à la France et à l'Europe.

3

PÉTITION
DE
MAURICE TALLEYRAND
ANCIEN ÉVÊQUE D'AUTUN,
A LA CONVENTION NATIONALE.

MAURICE TALLEYRAND-PÉRIGORD, (ancien Évêque d'Autun), est parti de France le 10 septembre 1792, avec un passe-port du gouvernement (1) qui lui *ordonnoit*

(1) J'ai entre les mains le passe-port original signé le 7 septembre 1792 par les six ministre du Gouvernement d'alors, Rolland, Claviere, Servan, Danton, Monge, Lebrun, et contresigné Grouvelle. Je le remettrai aux Comités à l'instant où il me sera demandé. — Ce passe-port, que Talleyrand m'adressa à l'époque où je fus chargé par lui de poursuivre le rapport de son décret d'accusation, au sujet duquel décret, j'affirme ici que les divers membres du Comité des Rapports me déclarèrent à plusieurs reprises qu'il leur étoit impossible de trouver une base quelconque sur laquelle ils pussent dresser l'acte d'accusation, ce passe-port prouve à la fois bien évidemment, et que Talleyrand, même au mois de septembre, ne chercha point à se soustraire au danger par la fuite, et de plus, qu'une mission particulière nécessita son départ pour l'Angleterre; car il y est dit littéralement : *Laissez passer . . . . Talleyrand . . . . . allant à Londres par* NOS ORDRES.

DESRENAUDES, professeur aux Ecoles centrales de Paris, fondé de pouvoirs de Talleyrand ci-devant Evêque d'Autun.

4

ESSAI

SUR les avantages à retirer de colonies nouvelles dans les circonstances présentes;

Par le citoyen TALLEYRAND.

Lu à la séance publique de l'Institut national le 15 messidor an 5.

LES hommes qui ont médité sur la nature des rapports qui unissent les métropoles aux colonies, ceux qui sont accoutumés à lire de loin les événemens politiques dans leurs causes, prévoient depuis long-temps que les colonies américaines se sépareront un jour de leurs métropoles, et, par une tendance naturelle que les vices des Européens n'ont que trop accélérée, ou se réuniront entre elles, ou s'attacheront au continent qui les avoisine : ainsi le veut cette force des choses qui fait la destinée des états, et à laquelle rien ne résiste.

Si de tels événemens sont inévitables, il faut du moins en retarder l'époque et mettre à profit le temps qui nous en sépare.

Des mesures désastreuses ont porté dans nos colonies la dévastation. L'humanité, la justice, la politique même, commandent impérieusement que, par des mesures fermes et sages, on s'efforce enfin de réparer ces ruines.

A 2

5

1. Talleyrand en los años del Imperio. París, B. N. Snark.

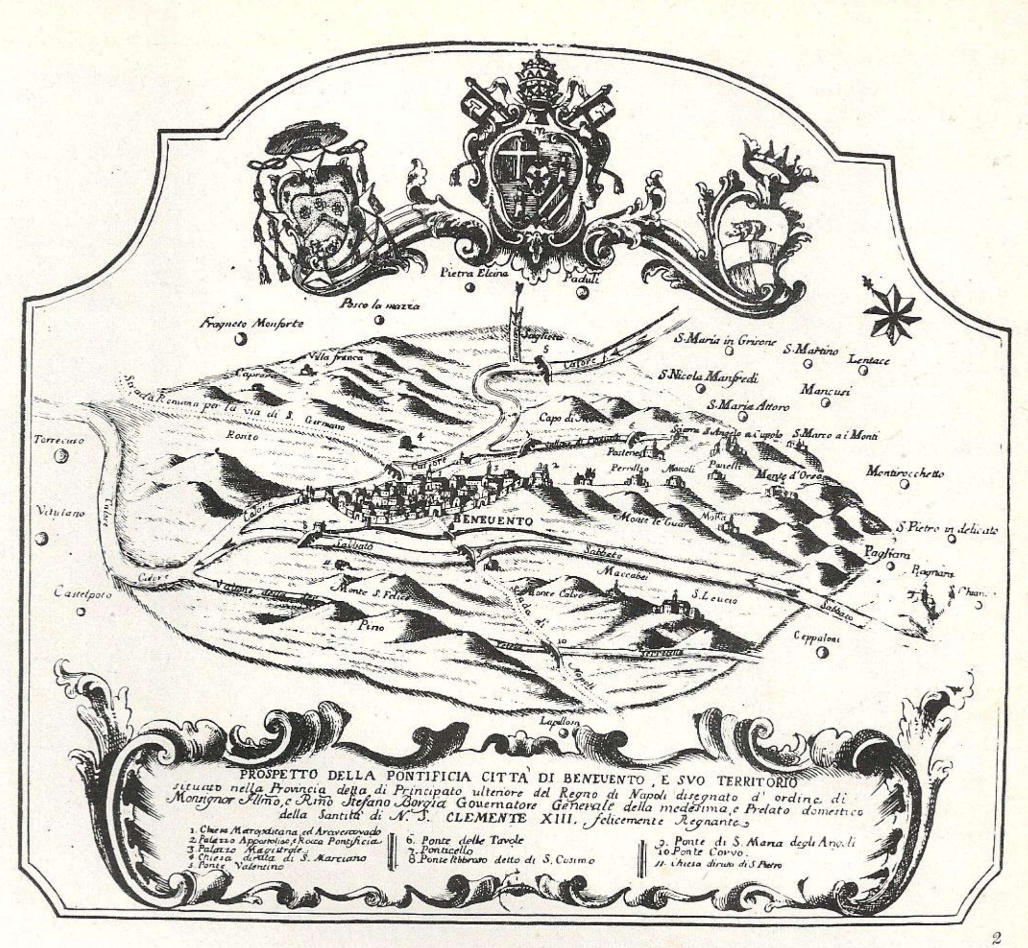
2. Benevento en una estampa del siglo XVIII. Snark.

3. Napoleón. Cuadro de Gérard. Museo de Malmaison.

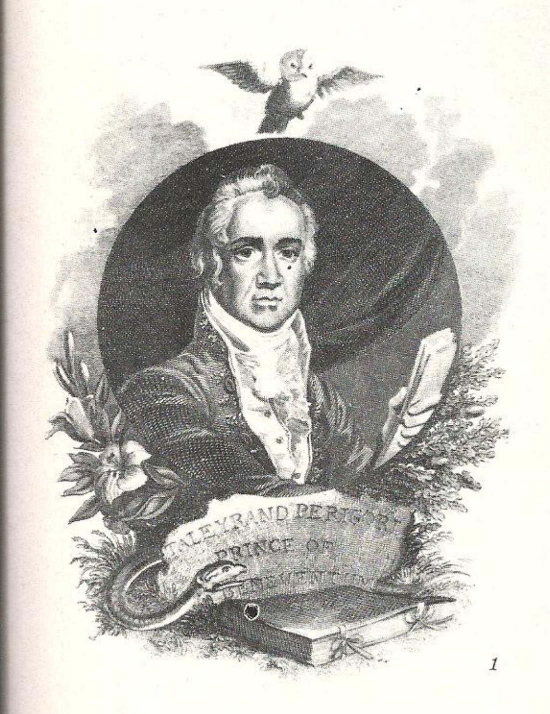
En las páginas centrales:

1. Charles Maurice de Tayllerand según un cuadro de P. P. Prud'hon. París, Museo Carnavalet. Snark.

2. Catherine Noel de Talleyrad-Périgord, según un cuadro de Gérard. Versallès. Snark.



2



1



3

prudentemente consigo a Inglaterra, en enero de 1792. Pensaba vivir allí hasta que una contrarrevolución, en el sentido que él deseaba, le permitiera retornar a Francia. Pero bruscamente, en enero de 1794, el gobierno británico le notificó la orden de abandonar el país en el término de cinco días. ¿Por qué? Él creyó al comienzo que su expulsión había sido solicitada por el emperador y por el rey de Prusia; en las *Memorias* acusará a los emigrados de la primera tanda. Requirió explicaciones a Pitt, pero su carta quedó sin respuesta.

Reclamó entonces una prórroga prometiendo partir hacia Norteamérica.

La obtuvo, y dejó Londres el 1º de marzo de 1794. En el fondo no estaba del todo contrariado por este viaje. En Londres se arriesgaba a comprometerse con los más *ultra* entre los contrarrevolucionarios. Una permanencia en los Estados Unidos le devolvería la virginidad política: "Norteamérica es un asilo tan bueno como cualquier otro; cuando se sigue un propio curso de doctrinas políticas, es un país digno de ver." La travesía fue larga y agitada. Talleyrand llegó a Filadelfia sólo a mediados de abril, y volvió a encontrarse allí con viejos conocidos, Moreau de Saint-Méry, el vizconde de Noailles, el duque de La Rochefoucauld-Liancourt, todos diputados de la Constituyente, el escritor Volney. Talleyrand llevaba de Inglaterra una carta de presentación para el general Washington, presidente de los Estados Unidos. Esperaba ser bien acogido por él, como Châteaubriand tres años antes. Pero Washington había sido puesto en guardia contra Talleyrand por su embajador en Francia, el gobernador Morris, que el 4 de febrero de 1792 le había escrito diciéndole que la censura acompañaba al obispo de Autun "no sólo por sus relaciones adulterinas, cosa bastante común en los rangos del alto clero, sino también por la variedad y publicidad de sus amores, su pasión por el juego y, sobre todo, por sus especulaciones abusivas". Por su parte, el embajador de la República francesa, Fouchet, pidió a Washington que no recibiera a Talleyrand. Por ello, y con gran desagrado de su parte, Charles Maurice no fue recibido. Debía renunciar a las intrigas políticas. Las aventuras amorosas no eran posibles en ese país puritano. Sólo le restaba entonces intentar acumular dinero. ¿No pasaba acaso Norteamérica por ser el país en el cual podían amasarse rápidamente grandes fortunas? Talleyrand se lanzó así a grandes combinaciones económicas y financieras. Especuló sobre tierras. Después de haber estudiado a fondo las condiciones en las cuales la inversión de capitales en bienes raíces podía resultar redituable, adquirió terrenos que revendió logrando grandes ganancias. Realizó muchos viajes por el interior de los Estados Unidos. Estuvo en Albany, donde encontró a la marquesa de La Tour du Pin, a la que había conocido antes de su matrimonio con el nombre de señorita Dillon, sobrina del arzobispo de Narbona.

Fue en Albany donde Talleyrand se enteró por una gaceta, tanto de la muerte de su cuñada, la mujer de Archambaud, que fue guillotinada, como de la caída de Robespierre, ocurrida dos días más tarde, el 27 de julio de 1794. El Terror estaba quizás por terminar. Se podía pensar en volver a Francia. Talleyrand que hasta ese momento había previsto, según parece, una larga estadía en los Estados Unidos, donde se preocupó sobre todo de "rehacer una fortuna", como escribió a madame de Staël, comenzó a estudiar la posibilidad de volver a su patria. El 16 de junio de 1795 envió desde Filadelfia a la Convención un pedido en favor de su retorno que fue impreso en el "Moniteur" y, aparte, en un pequeño opúsculo de cuatro páginas al cuidado de su antiguo vicario general, des Renaudes, que había llegado a ser profesor en una escuela central de París y se definía como "procurador de Talleyrand". Charles Maurice declaraba en ese escrito que no era un emigrado, desde el momento que había dejado Francia munido de un pasaporte en regla, firmado por seis ministros. Además, había sido expulsado de Inglaterra, país enemigo de Francia; recordaba "la devoción que él había mostrado constantemente por la causa de la libertad, las opiniones declaradas e irrevocables que lo ligaban para siempre al destino de la República francesa". La Convención, basándose en el informe de Marie Joseph Chénier, canceló el nombre de Talleyrand de la lista de los emigrados el 4 de setiembre de 1795. Algunas semanas más tarde, el Directorio sucedía a la Asamblea. Sin embargo, Talleyrand no se embarcó de inmediato. Esperaba con ansia el día del retorno, pero quería también arreglar sus asuntos de la mejor manera posible. Sólo el 13 de junio de 1796 se embarcó en una nave danesa que lo condujo a Hamburgo, donde pasó un mes en compañía de sus amigos Reinhard y madame de Genlis. El 20 de setiembre de 1796 llegó finalmente a París y se dirigió de inmediato al Instituto de Francia para tomar posesión del cargo que le había sido conferido cuando todavía se encontraba en Norteamérica, el 14 de diciembre de 1795. Talleyrand repetía a quienes se lo preguntaban que había renunciado totalmente a la vida pública, a toda ambición política, y se proponía consagrarse por entero a las ciencias, a las letras y a las artes.

Ministro de Relaciones Exteriores del Directorio

Los informes que redactaba atestiguaban, sin embargo, que Talleyrand no tenía ninguna intención de abandonar los asuntos públicos. El primer informe estaba dedicado a las *Rélations commerciales des Etats-Unis avec l'Angleterre* (Relaciones comerciales de Estados Unidos con Inglaterra). Talleyrand observaba en él, con sorpresa, que el comercio entre los dos países, lejos de haber disminuido a causa de la guerra angloamericana y de la independencia de los Estados Unidos, había hecho grandes progresos, mientras que por el contrario el intercambio entre Estados Unidos y Francia —que había contribuido tan eficazmente a la independencia de aquel país— permanecía, paradojalmente, en niveles muy exiguos. Conclusión: los vínculos económicos son más fuertes que las alianzas políticas. El lector podía deducir de ello la manera en que convenía dirigir la política francesa para reconducir a Francia a la prosperidad. La segunda memoria se titulaba *Ensayo sobre las ventajas obtenibles de las nuevas colonias en las presentes circunstancias*. Talleyrand la leyó en el curso de una sesión pública del Instituto el 3 de julio de 1797. Él se presentaba, después de su estadía en los Estados Unidos, como un experto en materia de colonización. Por cierto ya no era el caso de tratar de crear colonias en Norteamérica, país que se había abierto a las "luces". Pero ¿no constituía África un magnífico campo de expansión? Talleyrand recordaba cómo, desde 1769, el ministro Choiseul, previendo la independencia de las colonias americanas, deseaba que Francia buscase compensaciones en África y se estableciese en Egipto. En el momento en que renacía la paz en el continente europeo ¿no convenía que el gobierno francés retomase este programa? Esto constituía, como se ve, una precisa alusión a la situación del momento. Cuando Talleyrand desembarcaba en Hamburgo, Europa resonaba con las grandes victorias que el general Bonaparte, hasta entonces desconocido, estaba obteniendo en Italia. En la primavera de 1797 estos éxitos se habían consolidado y Austria era obligada a firmar los preliminares de paz de Leoben, el 18 de abril. Mientras Talleyrand leía su memoria, franceses y austríacos estaban negociando la paz. Sólo se libraban acciones por mar, y se podía esperar que hasta Inglaterra llegase pronto a un acuerdo. Era necesario utilizar todas las jóvenes fuerzas que la paz dejaba disponibles. Y si Inglaterra se rehusaba a tratar, ¿no se podía atacar su comercio, su prosperidad, en una palabra su poderío, ocupando Egipto, vía de acceso a las Indias, fuente de las riquezas británicas? Tal era el tema de la memoria de Talleyrand. Naturalmente quedaba sobreentendido que nadie mejor que él hubiera estado calificado para llevar a buen fin esta política. Respecto de sus posibilidades de ser llamado al gobierno, la situación política muy inestable justificaba sus esperanzas. En la primavera de 1797 las elecciones habían renovado el cuerpo le-


Talleyrand

gislativo y dado mayoría a los moderados que, más o menos conscientemente, simpatizaban con los realistas constitucionales. Si éstos seguían en sus cargos, ninguno dudaba de que el país se encaminaría rápidamente hacia una restauración. Y una monarquía constitucional, liberal, llamaría a colaborar a Talleyrand.

Pero no era cierto que los moderados pudieran realizar sus planes. Encontraban una fuerte oposición, particularmente en el ejército, que seguía siendo republicano, y sobre todo en el ejército de Italia, embriagado por las recientes victorias. Por iniciativa de Bonaparte, ese ejército hizo llegar al Directorio, en ocasión del 14 de julio, comunicados amenazadores para los realistas: "Soldados —había exclamado Bonaparte—: montañas nos separan de Francia, pero las atravesaréis con la rapidez del águila para mantener la Constitución, defender la libertad, proteger al gobierno y a los republicanos..." Era entonces posible, si no probable, una intervención del ejército destinada a proteger al Directorio.

Era prudente atraerse las simpatías de los Directores, Barras, La Révellière-Lépeaux, Reubell, Carnot y Barthélemy. Talleyrand conocía a dos de estos cinco hombres, La Révellière-Lépeaux y Reubell, porque habían sido colegas suyos en la Asamblea constituyente. Pero entre ellos La Révellière-Lépeaux era el fundador de una nueva religión, la "teofilantropía", a cuyos secuaces el obispo renegado de Autun había bautizado con el nombre de *"filous en troupe"* (pandilla de bribones). Uno tomaba en serio la religión y el otro se burlaba de ella. Ambos eran miembros del Instituto. Allí se encontraban y un día Talleyrand dijo a La Révellière, con su acostumbrada ironía: "Jesucristo por fundar la religión fue crucificado y resucitado, vosotros habríais debido tratar de hacer otro tanto." Reubell le era aun más hostil. Para él, Talleyrand era un traidor. "No existió nunca —decía— un ser más perverso, más peligroso y que hubiera merecido más que cualquier otro no volver nunca a Francia." Carnot no era menos severo: "Talleyrand lleva consigo todos los vicios del antiguo régimen, sin haber podido asumir ninguna de las virtudes del nuevo; no posee ningún principio firme, los cambia como las camisas." Barthélemy acababa de ser elegido miembro del Directorio y era favorable a Talleyrand, pero su influencia era escasa. Quedaba Barras: igual que Talleyrand, cínico y corrompido. Sin pertenecer a una familia de antigua nobleza como la de Talleyrand, tenía por antepasados a auténticos señores provenzales; formaba parte, en suma, del ambiente que Charles Maurice gustaba frecuentar. A través de Barras, por lo tanto, Talleyrand habría podido llegar al poder. Hizo actuar a madame de Staël, amiga común, que a su vez puso en acción a su joven amante Benjamín Constant, llegado de Suiza con la esperanza de hacerse una posición, decidido a lograr fortuna. En mayo, sin embargo, el nombre de Talleyrand no figuró entre los miembros de la misión encargada de negociar la paz en Lille, con Inglaterra. Pero en junio se desencadenó una crisis ministerial. Ante los manejos cada vez más audaces de los realistas y a continuación de los comunicados provenientes de los ejércitos, el Directorio decidió alejar del ministerio a los moderados sustituyéndolos por los republicanos. El ministerio de Guerra debía ser confiado al general Hoche. Se hubiera podido mantener en su cargo al ministro de Relaciones Exteriores, Charles Delacroix, miembro de la Convención, regicida, auténtico republicano, Pero era "torpe y porfiado" y además enfermo, y de ello se aprovechaba Talleyrand para engañarlo con su mujer, de quien tuvo quizás por hijo (este nacimiento sigue siendo misterioso) al célebre pintor Eugène Delacroix. Sea como fuere, asediado por madame de Staël y Benjamín Constant, Barras propuso a los colegas elegir a Talleyrand. Éstos protestaron, pero Reubell y La Révellière necesitaban a Barras para ubicar a sus candidatos en otros puestos vacantes. Así, dejaron que la cosa progresara, y el 18 de julio de 1797 Talleyrand era ministro de Relaciones Exteriores. Por otra parte, el "golpe" preparado por los Directores fue desbaratado en esta oportunidad: los moderados descubrieron que el general Hoche no había cumplido aún los 30 años, edad prescripta por la Constitución para acceder al ministerio. Éste se vio obligado a renunciar. Algunas semanas más tarde, los Directores prepararon un nuevo golpe de Estado, esta vez con ayuda de Bonaparte, que envió a París a uno de sus subordinados, Augereau. El golpe tuvo éxito. El 18 de fructidor del año V (4 de setiembre de 1797) los moderados y los realistas fueron eliminados de los Consejos; Carno, adversario de Talleyrand, y Barthélemy, expulsados del Directorio. La posición de Charles Maurice quedó con ello consolidada.

Por otro lado, Talleyrand se daba cuenta muy bien de que el astro que surgía no era Barras sino Napoleón Bonaparte. El general estaba justamente negociando la paz de Campoformio con Austria, en modo que de ninguna manera se ajustaba a las instrucciones del Directorio, y tanto menos a las de Reubell, que dirigía la política exterior. El proyecto del tratado preveía el reparto de la antigua república de Venecia entre Austria, Francia y la república Cisalpina; además, no reconocía la anexión de la orilla izquierda del Rin a Francia, punto esencial para Reubell. Talleyrand aconsejó sin embargo que el Directorio lo ratificara: le importaba más que cualquier otra cosa tener a Bonaparte como aliado. El tratado de Campoformio fue firmado el 17 de octubre de 1797.

Se narra, que inmediatamente después de haber sido nombrado ministro por el Directorio, Talleyrand dijo a Benjamín Constant y a Castellane: "Hay que hacer una inmensa fortuna, una fortuna inmensa." La conclusión de las convenciones anexas al tratado de Campoformio le habría producido un millón. Pero sólo era el principio. Talleyrand vio en lo sucesivo en toda negociación una fuente de ganancia. Sin embargo, esta actitud estuvo a punto de perderlo en su comienzo mismo. Los Estados Unidos no habían observado el tratado de alianza firmado con Francia en 1788, en cuanto no sólo no sostuvieron a esta última contra Inglaterra en 1793, sino que hasta restablecieron en 1795 relaciones políticas, económicas y culturales estrechísimas con Gran Bretaña. Era necesario entonces revisar las relaciones entre los Estados Unidos y Francia. Con esta finalidad se enviaron a París desde Washington, en 1797, tres negociadores (designados con las iniciales X, Y, Z). Talleyrand creyó que podía deducir de su experiencia americana que en los Estados Unidos todo podía comprarse o venderse. Dio por lo tanto a entender a los enviados del presidente que estaba dispuesto a tratar si se le ofrecía un adecuado "vaso de vino". Pero los delegados norteamericanos, contrariamente a lo que Talleyrand pensaba, eran austeros y virtuosos. La propuesta del ministro se hizo pública y el escándalo fue enorme. Las relaciones entre Francia y Estados Unidos se interrumpieron y hubo entre ambos países una "semiguerra" hasta 1801. Por un momento se pudo creer que Talleyrand sería arrastrado por la tempestad. Pero siguió en su cargo y continuó recibiendo "sobrecitos": un millón de Prusia, medio millón del reino de Nápoles, ciento cincuenta mil libras (¡solamente!) del papa, un millón de la república Cisalpina... Nunca se ha hecho la cuenta exacta ni se la podrá hacer, pues los "sobrecitos" no dejan rastros en los archivos. Pero se piensa que desde 1797 hasta 1799 Talleyrand ganó trece millones y medio por lo menos. Los embajadores de las potencias extranjeras no eran puritanos como los de Estados Unidos.

Si bien la ruptura con los Estados Unidos, debida sobre todo a la venalidad de Talleyrand, pesó mucho sobre la política de Francia, arriesgándola a una guerra con una potencia amiga, hubo otra empresa en la cual la influencia de Charles Maurice fue igualmente capital: la expedición a Egipto. Se ha visto que en la memoria que leyó en el Instituto el 3 de julio de 1797, Talleyrand consideraba la posibilidad de la ocupación de Egipto por parte de Francia: tal era justamente el propósito del general Bonaparte. Desde los preliminares de Leoben, éste había hecho ocupar por las tropas francesas las islas jónicas de Corfú, Cefalonia y Zante, pose-

La



Ordre de la Girouette.

Brévet de Grand Officier.

Nous Grand-Maître de l'ordre de la Girouette, sur le compte qui nous a été rendu, par notre inspecteur des Moulins-à-Vent, voulant récompenser, M.

pour les nombreux services qu'il a rendus à l'ordre, notamment en jurant fidélité à tous ceux qui ont successivement gouverné le Royaume, depuis ans; quelqu'aient été leurs droits ou la légitimité de leurs pouvoirs, le nommons par ces présentes, Grand-Officier de la Girouette.

Ayant en outre égard à la facilité avec laquelle il change d'opinion, suivant son intérêt et les circonstances, nous le créons Chevalier de l'ordre du Moulin-à-Vent, et nous l'autorisons a porter la décoration des illustres Officiers de la Girouette, telle qu'on la voit représentée ci-dessous.

Décoration des illustres Officiers de la girouette

Donné en notre Palais des Moulins, Salle des quatre Vents, le 181

Mobilis, Grand-Maître,

Par le Grand-Maître,

Girouettino, Secrétaire Général.

1

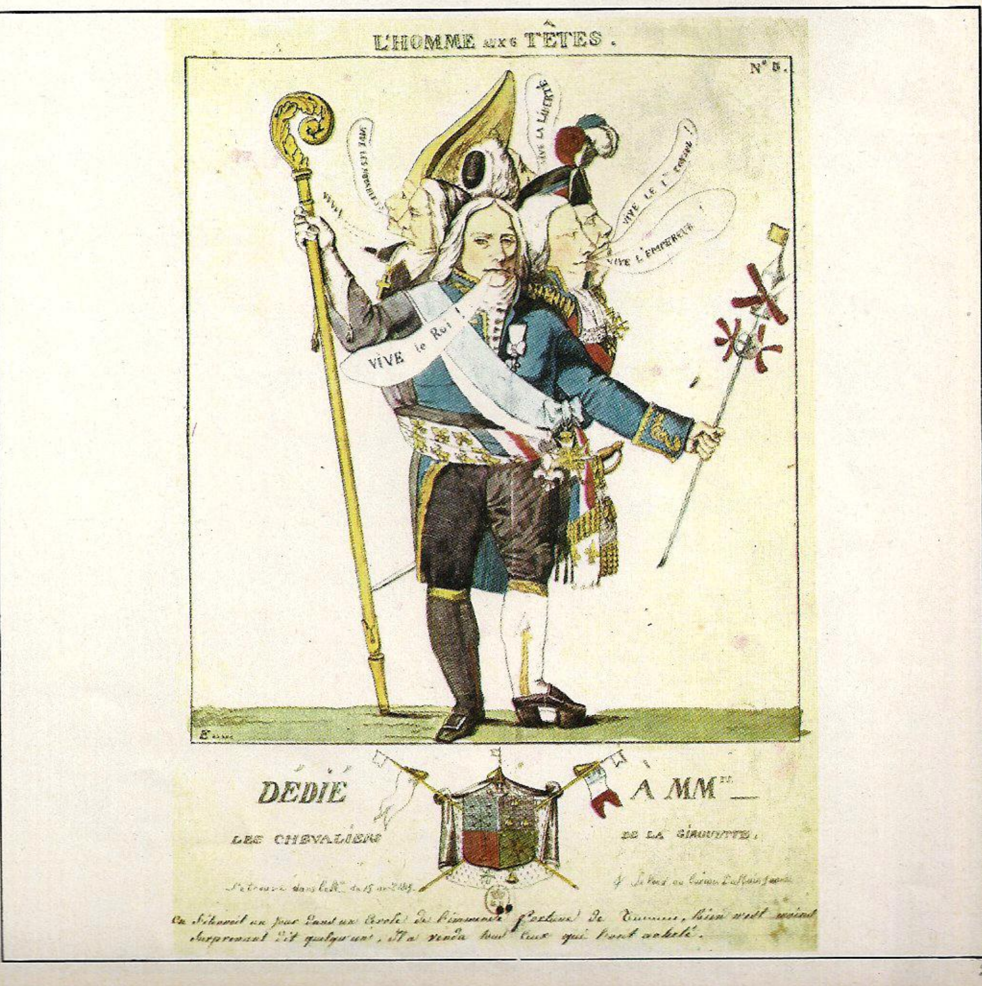
En la página precedente:

1. Diploma de la orden de la Veleta. París, B. N. Snark.

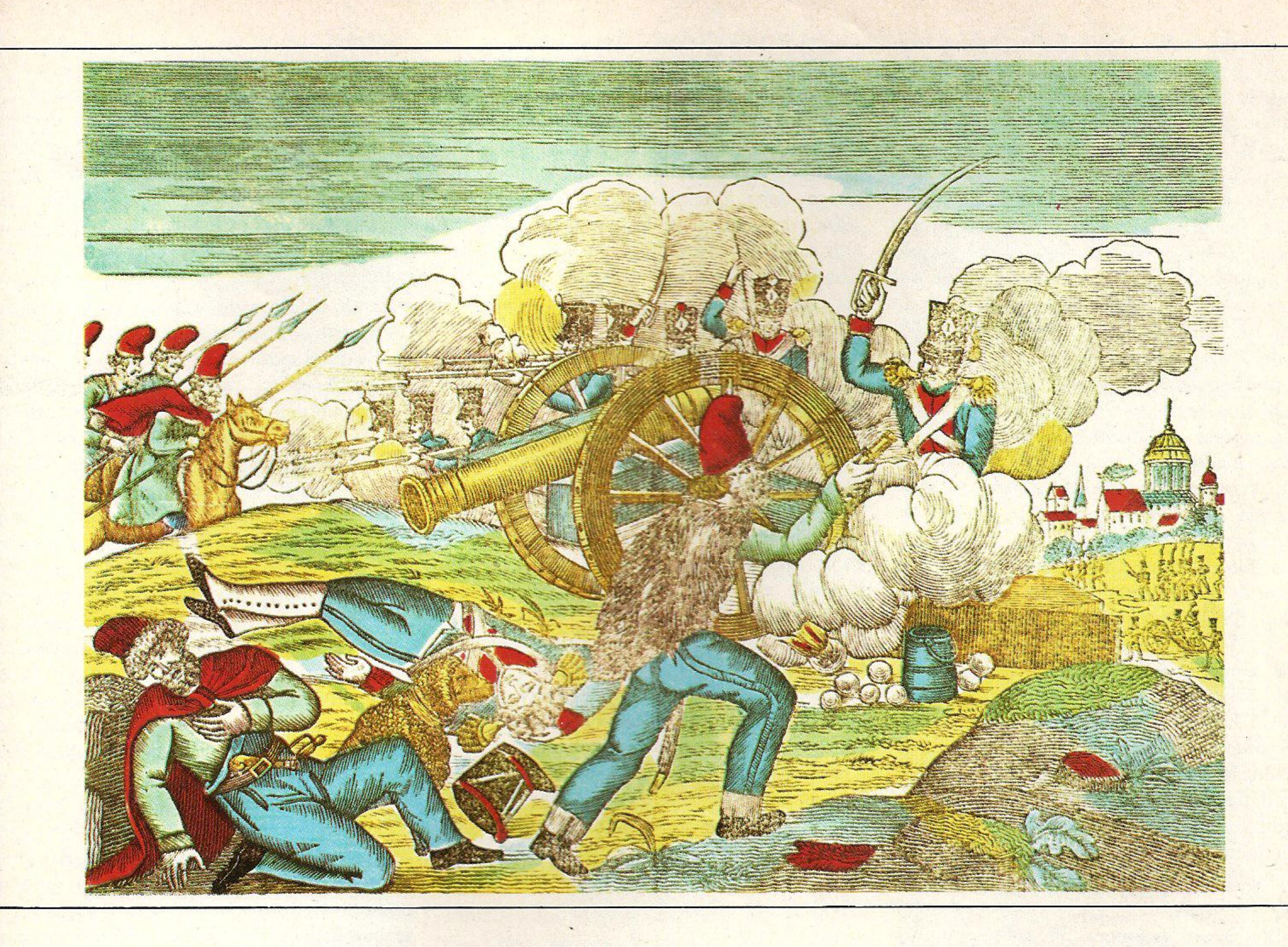
1. Caricatura de Marmont y Talleyrand que firman la capitulación el 30 de marzo de 1814. París, B. N. Snark.

2. Caricatura de Talleyrand: El hombre de 6 cabezas. Estampa publicada el 15 de abril de 1815. París, B. N. Snark.

3. Imagen de Epinal: La defensa de París en 1815. París, B. N. Snark.



2



3

siones venecianas. En dos cartas dirigidas una al Directorio y la otra a Talleyrand, de fecha 14 de agosto de 1797, explicaba que estas islas debían servir de base para una expansión comercial de Francia en el Mediterráneo. El 13 de setiembre escribía que era indispensable la ocupación de Malta, y en diciembre enviaba un emisario a inspeccionar las defensas de la isla. Sin embargo, el Directorio no parecía estar en absoluto de acuerdo con esta política: quería asegurarse la orilla izquierda del Rin y obligar a Inglaterra a entrar en tratativas, invadiendo su territorio si era necesario. Bonaparte fue encargado sucesivamente de las dos operaciones. Enviado a Rastadt para tratar con los príncipes alemanes, renunció al cabo de algunos días: la cuestión amenazaba prolongarse indefinidamente sin que se llegase al objetivo perseguido. Nombrado entonces general en jefe del "ejército de Inglaterra", procedió a una minuciosa inspección de las tropas concentradas en las costas francesas, desde Brest hasta Amberes, y envió al Directorio un informe donde concluía que sin el dominio del mar —que Francia no poseía— era imposible organizar un desembarco en Inglaterra que tuviese alguna probabilidad de éxito.

En compensación, Bonaparte proponía atacar a Inglaterra en Oriente, en la fuente misma de sus riquezas y, para comenzar, ocupar Egipto. La propuesta fue calurosamente sostenida por Talleyrand, que se ofreció a partir para Turquía con el fin de mantener a esta última en la neutralidad. En la expedición Talleyrand veía una doble ventaja: complacer a los Directores alejando de Francia a un joven general cuya ambición parecía cada vez más peligrosa; hacer que el general fuera su aliado si la expedición tenía éxito. El Directorio dio su beneplácito al plan, Bonaparte y su ejército se hicieron a la vela en dirección a Egipto, en mayo de 1798; en cuanto a Talleyrand, se quedó prudentemente en París. Durante un año aún, Talleyrand siguió en las Relaciones Exteriores. Éstas no dejaban de empeorar. A fines de diciembre de 1798 se formaba una "segunda coalición" contra Francia, entre Inglaterra, Rusia, Austria, Nápoles y Turquía. El 23 de abril de 1799, eran asesinados a traición, en Rastadt, los plenipotenciarios franceses. El ejército francés de Egipto quedaba aislado, a 500 leguas de la metrólopi, luego de la destrucción de la flota por obra de Nelson en la rada de Abukir, el 1º de agosto de 1798. En mayo de 1799 las tropas francesas debieron evacuar casi completamente Italia. Una oleada de descontento recorrió el país y el cuerpo legislativo. El 18 de junio dos Directores eran obligados a renunciar. Talleyrand los siguió el 20. Pero se hizo sustituir en el ministerio por su amigo Reinhard, al que había conocido en Inglaterra como secretario de embajada, durante la misión de 1792. No lo estimaba mucho: era, escribió Talleyrand, "un hombre cuya nulidad de carácter, unida sin embargo a cierta capacidad, no podía ser tomada en serio sino para un interinato". Y éste fue de hecho, el cargo de Reinhard hasta el golpe de Estado del 18 brumario. Bonaparte pudo escapar "milagrosamente" de Egipto. El 9 de octubre de 1799 desembarca en Fréjus, el 14 está en París. Su designio de derrocar al Directorio y apoderarse del poder es cosa ya decidida en ese momento. Se asegura de la complicidad de Talleyrand, que interviene para obtener en el 18 brumario (9 de noviembre) la renuncia de Barras, elemento importante del golpe de Estado. El 10 de noviembre está asegurado el éxito de Napoleón, el 22 Talleyrand vuelve a ser ministro de Relaciones Exteriores, y seguirá siéndolo sin interrupción hasta 1807.

El matrimonio

Durante su primer ministerio, bajo el Directorio, Talleyrand conoció a aquella que debía convertirse en su mujer: Catherine Worlée, que entonces era esposa de un funcionario británico de las Indias, George Grand, descendiente de hugonotes franceses. También Catherine Worlée era fran-

cesa. Alta, rubia, muy bella, había tenido en seguida numerosas aventuras. En 1788, a los 16 años, un año después de su matrimonio, fue amante del gobernador de Bengala, sir Philip Francis. Llegada a París en 1782, se le atribuyen varios amantes. Emigró a Inglaterra después del 10 de agosto de 1792 y volvió a Francia al comienzo del Directorio. Según parece, no fue amante de Talleyrand sino después del retorno de éste a París. Pero en abril de 1798 fue arrestada como inglesa sospechosa de espionaje y conspiración contra la República. Talleyrand escribió inmediatamente una carta a Barras requiriendo que se la pusiera en libertad: "Cuidadano Director, madame Grand ha sido arrestada como conspiradora. Es la persona más indiferente del mundo y la más incapaz de mezclarse en cualquier intriga, es una indiana tan hermosa, tan perezosa, la más ociosa de las mujeres que yo haya encontrado. Os pido vuestro interés en su favor... Yo la amo y os atestiguo, de hombre a hombre, que nunca se mezcló ni está en posición de mezclarse en intriga alguna." La carta tuvo como consecuencia la liberación de madame Grand (pese a la resistencia de los Directores Reubell y Merlin de Douai), pero por otra parte hizo pública la relación de Talleyrand, que hospedaba desde hacía varios meses a la bella indiana en su palacio de la rue du Bac.

Catalina tenía entonces 36 años, era todavía muy agradable y poseía tres atractivos esenciales a los ojos de Talleyrand: piel suave, aliento agradable y carácter dulce. Pero carecía de espíritu. A quienes le preguntaban cuál era su país de origen, les respondía: "Je suis d'Inde" [soy de la India] (expresión que en francés corresponde al español "soy tonto"). Talleyrand decía que su estupidez lo descansaba del espíritu de madame de Staël. Desde entonces Talleyrand había decidido casarse con ella. Hay quienes se han preguntado, no sin razón, si con este matrimonio Talleyrand no quiso impedir que madame Grand hiciera respecto de él algunas revelaciones desagradables. Puede ocurrir que ella conociera las verdaderas razones de la expulsión de Inglaterra en 1794. O quizás lo había seguido a los Estados Unidos y estaba al corriente de sus especulaciones más o menos honestas. Hay en la relación de ambos, en su matrimonio, un misterio que no se ha podido aclarar enteramente hasta ahora. En todo caso, madame Grand obtuvo el 7 de abril de 1798 una sentencia de divorcio motivada en el hecho de no haber recibido noticias de su marido desde hacía cinco años. Catherine vivía junto a Talleyrand, hacía los honores de la casa, presidía las fiestas que él daba, sea en París, en el palacio de Gallifet, o en Neuilly, en la suntuosa villa adquirida por él y que más tarde pertenecerá a Luis Felipe. Bonaparte, que había llegado a ser Primer Cónsul, puso a la "virtud" al orden del día. No podía tolerar que su ministro de Relaciones Exteriores ostentase así a su amante. Dio a Talleyrand veinticuatro horas para elegir: o alejar a madame Grand (y también subir de nuevo, si lo deseaba, al trono episcopal de Autun) o casarse con ella. Charle Maurice eligió el matrimonio. Quería, sin embargo, ser oficialmente liberado de los votos por el papa. Bonaparte apoyó sus trámites. El 10 de marzo de 1802, el papa permitió que Talleyrand, mediante una confesión preliminar y una penitencia adecuada, se reincorporara a la comunidad laica, llevara ropa secular y ejerciera funciones públicas. Callaba sobre la cuestión de los votos y, por lo tanto, del matrimonio. Pero el decreto del Consejo que otorgaba, conforme al Concordato, valor en Francia al breve papal, se limitó a esta frase ambigua: "El breve del papa... por el cual el ciudadano Talleyrand, ministro de Relaciones Exteriores, es devuelto a la vida secular y laica, tendrá su pleno y entero efecto." El 10 de setiembre de 1802 tuvo lugar el matrimonio civil. Algún contemporáneo ha afirmado que hubo una ceremonia religiosa, pero es poco probable. Una vez casado, Talleyrand no fue más fiel de lo que había sido anteriormente, y no se oirá hablar más de su mujer.

Ministro de Relaciones Exteriores de Napoleón

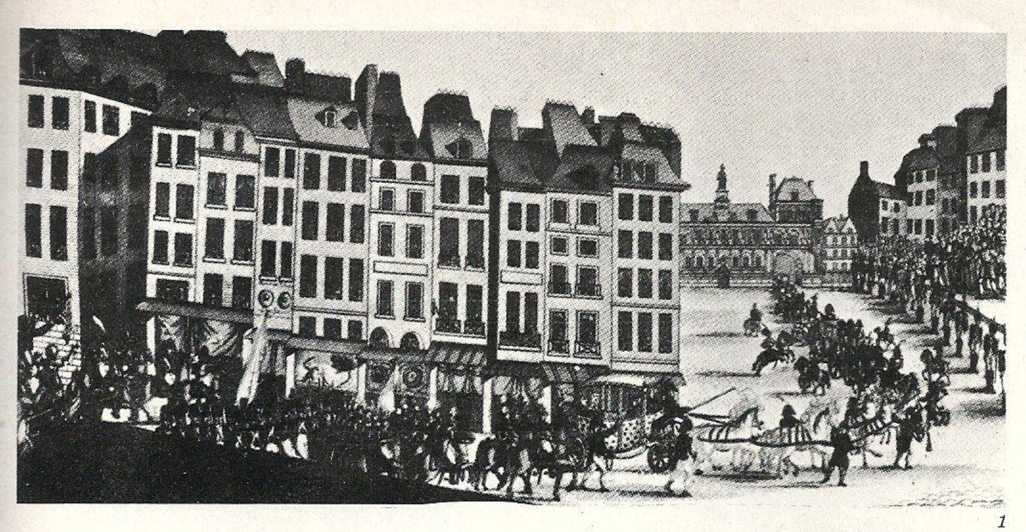
Desde fines de 1799 hasta 1807 Talleyrand dirigirá la diplomacia francesa bajo la ruda autoridad del Primer Cónsul y luego del Emperador. Podemos preguntarnos por qué Napoleón tuvo durante tan largo tiempo a Talleyrand junto a sí. Por cierto, era necesario retribuir el servicio prestado el 18 brumario, pero el Primer Cónsul hubiera podido desembarazarse rápidamente de Talleyrand como hizo con muchos otros amigos, cómplices o servidores. Napoleón, en realidad, fue fascinado por la vivaz inteligencia de Talleyrand, que "hacía perdonar" su cinismo y depravación. El 24 de diciembre de 1799, declaraba ante Cambacérès: "Posee muchas de las cualidades que son necesarias en las negociaciones: la mundanidad, el conocimiento de las cosas de Europa, la fineza, por no decir algo más, una inmovilidad en los rasgos que nada puede alterar, en fin, un gran nombre. Sé que sólo pertenece a la Revolución por su mala conducta; jacobino y desertor de su orden en la Asamblea constituyente, su interés responde por él." Sin duda, en aquel momento, el interés de Talleyrand le dictaba la fidelidad al nuevo régimen. ¿Pero podía creer Napoleón que siempre sería así? Él se sentía probablemente bastante fuerte como para eliminar a Talleyrand el día en que sospechara acerca de su conducta. Pero ese día no había llegado aún.

Relatar la vida política de Talleyrand desde 1800 hasta 1807 significaría describir la política exterior del Consulado y del Imperio. Tarea fatigosa que excedería en mucho los límites de este estudio. Nos limitaremos a exponer los momentos en que la influencia de Talleyrand fue preponderante.

Cuando Talleyrand retomó la cartera de Relaciones Exteriores, en 1799, el problema capital para Bonaparte era el restablecimiento de la paz. Paz en el exterior, pero también en el interior. La primera dependía ante todo de la situación militar, pero también estaba vinculada con la acción diplomática. Napoleón se ocupaba del lado estratégico, Talleyrand debía dirigir las negociaciones. Hubiera debido concluir primero la paz con Inglaterra, y con esta finalidad inició tratativas desde comienzos de su retorno al poder, pero fracasaron. En compensación, la victoria de Marengo obtenida por Bonaparte en Italia, y la de Hohenlinden, lograda por Moreau en Baviera, obligaron a Austria a tratar, en Lunéville, el 9 de febrero de 1801. Pero fue José Bonaparte quien firmó la paz. Se reanudaron las negociaciones con Inglaterra: tuvieron lugar en Londres y en Amiens; fueron conducidas, por la parte francesa, por un agente de Talleyrand de nombre Otto y por Joseph Bonaparte, y se concluyeron con la paz del 25 de marzo de 1802. En suma, Talleyrand tuvo un papel más bien secundario en la pacificación externa.

En lo que respecta a la pacificación interna, dependía sobre todo de Bonaparte y del ministro de policía, Fouché. Un elemento esencial del restablecimiento de la paz en Francia era la solución del problema religioso que, desde 1791, dividía a los franceses. Desde el día siguiente al golpe de Estado y, sobre todo, desde la elección para el trono pontificio de Pío VII, que no era hostil a la Revolución, Bonaparte había pensado en un concordato. Talleyrand se interesó vivamente en este tratado y aconsejó su firma. El concordato, según él pensaba, arreglaría su situación, lo liberaría de los votos permitiéndole un matrimonio religioso. Ya hemos visto que, en este punto, quedó defraudado. Por otra parte, era difícil confiar las tratativas de un concordato a un obispo que ha dejado los hábitos. Por lo tanto, el tratado se firmó el 16 de julio de 1801 con la aprobación de Talleyrand, pero sin su intervención.

El papel de Talleyrand fue mucho más importante, y menos feliz, en otros problemas: la reorganización de Italia, de Alemania y de Suiza, consiguiente al tratado de Lunéville. Este último sancionaba el paso de Italia occidental bajo la influencia francesa. Los patriotas italianos de-



1

1. Luis XVIII se dirige a las Tullerías, el 29 de agosto de 1814. París, B. N. Snark.

2, 3. Manifiestos del gobierno provisional de 1814. París, B. N. Snark.

4. Talleyrand, presidente del gobierno provisional. París, B. N. Snark.

5. La carta constitucional de Luis XVIII. París, B. N. Snark.

AUX HABITANS DE PARIS.

HABITANS DE PARIS,

L'heure de votre délivrance est arrivée; vos oppresseurs sont pour toujours dans l'impuissance de vous nuire,

VOTRE VILLE EST SAUVÉE!

Rendez grâces à la providence! adressez ensuite d'éclatants témoignages de votre reconnaissance aux illustres monarques et à leurs braves armées, si lâchement calomniées; c'est à eux que vous devrez la paix, le repos et la prospérité, dont vous fûtes privés si long-temps.

Qu'un sentiment étouffé depuis tant d'années s'échappe, avec les cris mille fois répétés de *Vive le Roi! Vive Louis XVIII! Vivent nos généreux Libérateurs!*

Que l'union la plus touchante et l'ordre le plus parfait règnent parmi nous, et que les têtes couronnées qui vont honorer vos murs de leur présence, reçus comme vos sauveurs, reconnaissent que les Français, et surtout les Parisiens, ont toujours conservé au fond de leur ame le respect des lois et l'amour de la monarchie.

Paris, 31 Mars 1814.

2

PRÉFECTURE DE L'YONNE.

ADRESSE

DU GOUVERNEMENT PROVISOIRE, AU PEUPLE FRANÇAIS.

FRANÇAIS,

Au sortir des discordes civiles, vous avez choisi pour chef un homme qui paraissait sur la scène du monde avec les caractères de la grandeur. Vous avez mis en lui toutes vos espérances; ces espérances ont été trompées. Sur les ruines de l'anarchie il n'a fondé que le despotisme.

Il devait au moins par reconnaissance devenir Français avec vous. Il ne l'a jamais été. Il n'a cessé d'entreprendre, sans but et sans motif, des guerres injustes, en aventurier qui veut être fameux. Il a, dans peu d'années, dévoré vos richesses et votre population.

Chaque famille est en deuil; toute la France gémit: il est sourd à nos maux. Peut-être rêve-t-il encore à ses desseins gigantesques, même quand des revers inouis punissent avec tant d'éclat, l'orgueil et l'abus de la victoire.

Il n'a su régner ni dans l'intérêt national, ni dans l'intérêt même de son despotisme. Il a détruit tout ce qu'il voulait créer, et recréé tout ce qu'il voulait détruire. Il ne croyait qu'à la force, la force l'accable aujourd'hui, juste retour d'une ambition insensée.

Enfin, cette tyrannie sans exemple a cessé: les puissances alliées viennent d'entrer dans la capitale de la France.

Napoléon nous gouvernait comme un Roi de barbares: Alexandre et ses magnanimes alliés ne parlent que le langage de l'honneur, de la justice et de l'humanité. Ils viennent réconcilier avec l'Europe un peuple brave et malheureux.

Français, le Sénat a déclaré *Napoléon déchu du Trône*; la Patrie n'est plus avec lui: un autre ordre de choses peut seul la sauver. Nous avons connu les excès de la licence populaire et ceux du pouvoir absolu: rétablissons la véritable Monarchie, en limitant, par de sages Lois, les divers pouvoirs qui la composent.

Qu'à l'abri d'un trône paternel, l'agriculture épuisée refleurisse; que le commerce chargé d'entraves, reprenne sa liberté; que la jeunesse ne soit plus moissonnée par les armes, avant d'avoir la force de les porter; que l'ordre de la nature ne soit plus interrompu, et que le vieillard puisse espérer de mourir avant ses enfans! Français, ralliions-nous: les calamités passées vont finir, et la Paix va mettre un terme au bouleversement de l'Europe. Les augustes alliés en ont donné leur parole. La France se reposera de ses longues agitations; et, mieux éclairée par la double épreuve de l'anarchie et du despotisme, elle trouvera le bonheur dans le retour d'un Gouvernement tutélaire.

Les Membres du Gouvernement provisoire, signé le Prince DE BÉNÉVENT, le Général BEURNONVILLE, MONTESQUIOU, le Comte DE JAUCOURT, le Duc DE DALBERG.

Pour expédition conforme:

Signé DUPONT (de Nemours), Secrétaire.

Pour copie conforme:

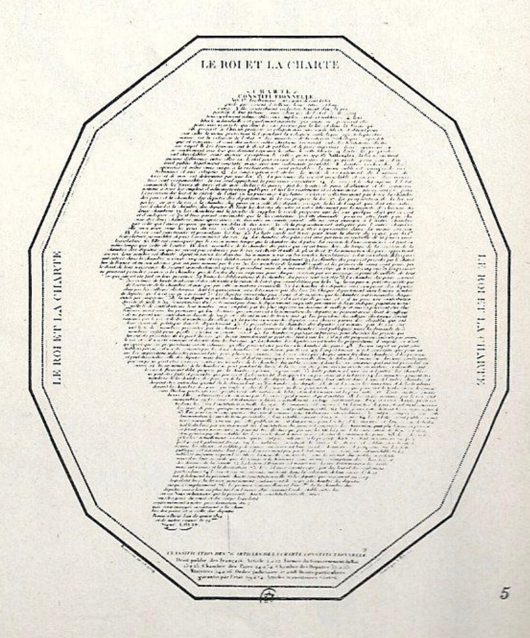
Le Préfet de l'Yonne, Baron DITERMON.

A AUXERRE, DE L'IMPRIMERIE DE LAURENT FOURNIER 1814

3



4



5



1

1. Alejandro I, Federico Guillermo III y Francisco I, según el cuadro de S. G. Mansfieldt Klein. Viena, Albertina. Snark.

seaban ardientemente —lo habían hecho saber desde 1799— que Francia crease una república italiana "una e indivisible". Entre tanto, se había reconstituido la república Cisalpina en sus límites de 1797. Para tratar de su instalación definitiva, Bonaparte convocó en Lyon, a fines de 1801, una conferencia compuesta por los notables de la República. Talleyrand estaba presente y maniobró con habilidad para satisfacer las aspiraciones de los patriotas y, al mismo tiempo, las ambiciones de Napoleón. La Cisalpina fue en verdad transformada en "República italiana", haciendo así esperar a los patriotas que ésta constituiría el núcleo de una gran república, susceptible de extenderse sucesivamente a toda la península. Por otra parte, Talleyrand hizo elegir a Bonaparte como presidente. El Primer Cónsul quedó satisfecho y agradado por ello, pero los italianos no estaban contentos de que se los pusiese bajo la autoridad de un jefe de Estado extranjero y, en cierto modo, en dependencia de Francia. Unos meses más tarde, Bonaparte anexó el Piamonte a Francia, nueva medida impolítica que irritó aun más a los italianos y manifestó a las potencias europeas la ambición insaciable, desmesurada y desenfrenada de Napoleón. En efecto, desde el comienzo de la Revolución la política exterior francesa había seguido algunos principios racionales: en primer lugar, se proclamó que los pueblos tenían derecho a la autodeterminación y que Francia no tomaría nunca las armas "contra los derechos" de ninguno de ellos. Resultado de esto fue la política de las "repúblicas hermanas". Sin embargo los girondinos, que llegaron al poder en 1792, declararon que Francia debía extenderse hasta sus "fronteras naturales", las indicadas por César: el Rin, los Alpes y los Pirineos. Aunque hubiese en ello alguna contradicción entre estas dos políticas, se las practicó simultáneamente desde 1795. Pero la anexión del Piamonte a Francia estaba en contradicción flagrante con una y con otra. Talleyrand dijo mucho tiempo después, en 1838, que él se había opuesto a "esta violación monstruosa de lo que el derecho de gentes tiene de más sagrado". Por desgracia no tenemos ninguna prueba de tal oposición, y sí todos los motivos para pensar que él dejó hacer.

En lo que respecta a Alemania, la anexión a Francia de la orilla izquierda del Rin debía comportar la indemnización de los príncipes que poseían esos territorios, mediante la atribución de señoríos eclesiásticos "secularizados" en la orilla derecha. En esta inmensa redistribución de tierras había una fuente de concesiones, y por lo tanto de ganancias, que Talleyrand no dejó de disfrutar ampliamente. Aumentó sensiblemente su fortuna —ya considerable— gracias a los múltiples "sobrecitos" recogidos de los príncipes alemanes. La extensión de la influencia francesa a Italia, Alemania y Suiza (por medio del acto de mediación del 19 de febrero de 1803, que hacía de Napoleón el "protector de la Confederación helvética") alarmó a las grandes potencias europeas, en particular a Inglaterra. Sin embargo, Talleyrand hubiera querido mantener la paz con este país. Ya hemos visto que la idea directriz de su política era el establecimiento de relaciones cordiales entre Francia e Inglaterra. Pero había una contradicción absoluta entre este designio y la política de expansión de Francia en Europa continental y ultramar (un ejército comandado por el general Leclerc había sido enviado a Santo Domingo; se confiaron misiones a los generales Sebastiani en Oriente y a Decaen en las Indias). Para mantener la paz, Francia hubiera debido mantenerse en los límites, ya muy amplios, que le habían trazado los tratados de Lunéville y de Amiens. Quizás la ambición de Napoleón ya no podía contentarse con ellos. Pero hay que reconocer que Talleyrand, por avidez, halagó la ambición de Bonaparte y que tiene, por lo tanto, una gran responsabilidad en la reanudación de la guerra con Inglaterra el 12 de mayo de 1803.

La guerra trajo consigo, en Francia, nuevos complots contra el Primer Cónsul, que tuvieron dos consecuencias de primordial importancia: el asesinato del duque de Enghien y la proclamación del Imperio. Fouché, ministro de policía, estaba convencido de que los complots eran organizados desde el exterior por obra de un príncipe de la casa de Borbón. Ahora bien, el único príncipe que residía en las proximidades de la frontera francesa era el duque de Enghien, hijo del último Condé. El duque residía en Ettenheim, pequeño pueblo de la zona de Baden, a quince quilómetros de la frontera francesa, junto con su amante Charlotte de Rohan-Rochefort, sobrina del ex cardenal-arzobispo de Estrasburgo. Fouché convenció fácilmente a Bonaparte de que el príncipe conspirador sólo podía ser el duque de Enghien. Pero no era posible arrestarlo en territorio neutral. Se consultó a Talleyrand, que no sólo no hizo ninguna objeción sino que promovió esta infame violación del derecho internacional. Él pensaba que rompiendo de una manera tan estridente sus vínculos con el antiguo régimen, consolidaría su posición. El duque de Enghien fue entonces raptado, enviado a París, juzgado sumariamente, condenado a muerte y ajusticiado. "Más que un crimen es un error", dijo alguien. Talleyrand fue cómplice de ese crimen, y puso inmedatamente en acción toda su diplomacia para hacerlo aceptar por Europa. Más tarde se empeñó de todas maneras en recuperar, en los archivos de las principales potencias, los documentos que evidenciaban su participación en este innoble asunto.

Los complots tuvieron otra consecuencia. ¿No convenía desalentar nuevos atentados transformando el Consulado en monarquía hereditaria? En este caso, ya no tendría sentido el asesinato del jefe del Estado, porque lo sucedería su heredero natural. Fueron otra vez Talleyrand y Fouché quienes favorecieron esta transformación. El 3 de mayo de 1804 Napoleón fue proclamado "Emperador hereditario de los franceses". Naturalmente Talleyrand recibió su recompensa: fue nombrado Gran Chambelán del Imperio, con una renta anual de 500.000 francos. También llegó a ser, el 6 de julio de 1806, príncipe y duque de Benevento y el 4 de agosto de 1807 Vice-Gran-Elector. Con los enormes "vasos de vino" recibidos, adquirió, el 7 de mayo de 1803, el espléndido castillo renacentista de Valençay, en Berry, circundado por cerca de 20.000 hectáreas de terreno. Bonaparte tenía urgencia en que Talleyrand hiciese esa adquisición para que pudiera recibir allí de una manera principesca a los diplomáticos y a los grandes de Europa que afluían a Francia en la tentativa de obtener algún favor del ministro de Relaciones Exteriores. En 1805, cuando Napoleón obtiene la clamorosa victoria de Austerlitz sobre los emperadores de Austria y de Rusia, la potencia de Talleyrand ya ha alcanzado su ápice, pero su influencia está a punto de declinar.

Empieza a entrever la fragilidad del imperio construido por Napoleón y trata, en vano, de moderar las ambiciones de éste. Querría que el tratado de Presburgo, del 26 de diciembre de 1806, tratara con consideración a Austria, pero Napoleón no atiende a las sugerencias de su ministro. El príncipe de Benevento desea que se conserve el Sacro Imperio romano-germánico, llave de bóveda de la vieja Europa. Napoleón decide que se lo destruya, sustituyéndolo con una Confederación del Rin, bajo influencia francesa, y por un imperio de Austria. Talleyrand, obligado por Napoleón a suscribir esta política, que no es la suya, querría por lo menos establecer la paz. En 1806 emprendió, por lo tanto, tratativas con Inglaterra y Rusia, las dos potencias que seguían en guerra con Francia. En Inglaterra, el implacable enemigo de Francia, Pitt, había muerto el 23 de enero de 1806, y se constituyó un ministerio de unión nacional con Fox, jefe de los liberales, en el *Foreign Office*.

La circunstancia era pues favorable a las tratativas. Pero Napoleón exigía que los Borbones de Nápoles, que se habían refugiado en Sicilia y eran protegidos por los ingleses, fueran expulsados de la isla. Talleyrand no pudo lograr que reviera tal decisión y Fox sabía que, si cedía la Sicilia, sería derrocado. En cuanto a Rusia, ésta envió a París un delegado, Oubril, el cual estipuló con Talleyrand un tratado que ha-

cía a Francia importantes concesiones en el Oriente mediterráneo, pero que el zar desautorizó. Recomenzó la guerra. Prusia, aliada con Rusia, fue aplastada en octubre de 1806. Napoleón, vencedor de los rusos en Eylau y en Friedland, firmó con el zar y con el rey de Prusia el tratado de Tilsit (7 y 9 de julio de 1807).

Talleyrand no estaba presente en la negociación del tratado, en el curso de la cual Napoleón y Alejandro trataron de repartirse Europa. Aunque hubiese aprobado el bloqueo continental establecido por el decreto de Berlín del 21 de noviembre de 1806, el príncipe de Benevento se espantó ante las condiciones del tratado de Tilsit, que revelaban la insaciable ambición del Emperador. Él sentía que ésta llevaría ineluctablemente a la catástrofe. Las potencias tácitamente hostiles a Napoleón, la resistencia pasiva —y por cierto muy pronto activa— que comenzaba a manifestarse, la resolución inquebrantable de la cual Gran Bretaña daba prueba en ese momento, ¿no darían cuenta, en un porvenir más o menos próximo, de Napoleón y de sus ejércitos, sostenidos por una Francia cada vez más cansada de la guerra permanente? Los principios de Talleyrand —en la medida en que los tenía— le sugerían arrimarse a los fuertes, ulular con los lobos. El 10 de agosto de 1807 renunció. Napoleón aceptó la renuncia, aparentemente sin ningún desagrado. Estaba cansado de Talleyrand. No terminaba nunca de recibir quejas contra su excesiva venalidad. No aprobaba sus consejos de moderación, no confiaba, según parece, en su honestidad en el plano diplomático. No se puede sin embargo ocultar que la renuncia de Talleyrand está aún cubierta por un misterio que sólo podrá develar el descubrimiento de documentos inéditos.

Siete años de intrigas y de traición

El de Talleyrand fue un retiro dorado. Sus estipendios acumulados y sus réditos ascendían a cerca de 500.000 francos oro al año, a lo cual hay que agregar los "sobrecitos" que seguían llegando a este personaje cuya influencia se suponía aún.

Napoleón, en efecto, no dejó de consultar a Talleyrand. Le requirió su parecer antes de empeñarse a fondo en las cosas de España, es decir, antes de convocar a Bayona a la familia real para notificarle que ella había cesado de reinar, y para sustituir a Carlos IV en el trono de Madrid, por Joseph Bonaparte (20 de abril-5 de mayo de 1808). Talleyrand, en sus *Memorias*, pretende haberse opuesto a los designios del Emperador: "Luché contra este proyecto con todas mis fuerzas, haciendo presente la inmoralidad y los peligros de tal empresa". Esta afirmación no parece conforme a la verdad. Numerosos testigos declararon que Talleyrand no sólo no se opuso en 1808 a los proyectos de Napoleón sino que los aprobó calurosamente. Aunque más tarde haya definido el coloquio de Bayona como el "más memorable de todos los atentados de Napoleón", es cierto que en ese momento no vio sino las ventajas, no sólo para el Emperador sino para él mismo, ya que obtuvo, según Barras, de 18 a 19 millones. De todos modos, los infantes de España y en particular el príncipe de Asturias, el futuro Fernando VII, fueron puestos en residencia forzada en Valençay, en el castillo de Talleyrand. El ex ministro escribió luego que se tratababa de un recurso de Napoleón para hacer creer que él aprobaba el tratado de Bayona. Es cierto que la decisión de hospedar a los príncipes españoles en Valençay la tomó el Emperador, pero Talleyrand, en una carta, se declaró plenamente satisfecho con esta "honrosísima" misión.

Algunos meses después, Napoleón llevó consigo a Talleyrand a Erfurt, donde había convocado al zar Alejandro para tratar de reforzar la alianza franco-rusa y obtener una aplicación más estricta del bloqueo continental. Algunos soberanos de Europa central habían acudido a Erfurt para hacer la corte a los dos potentes soberanos, y también para tejer las intrigas que podrían llevar a la caída de Napoleón: la capitulación de un ejército francés en abierta campaña, en Bailén, España, probaba que la Francia imperial no era invencible. Talleyrand se precipitó de cabeza en estas intrigas. Tuvo conciliábulos con el zar Alejandro y le aconsejó que resistiera a Napoleón prometiéndole ayudarlo en esta lucha. Desde el día siguiente de Erfurt, inició con el zar una correspondencia secreta en la cual lo informaba de las intenciones de la diplomacia francesa. Comenzó también a mantener relaciones clandestinas con Austria. Podemos preguntarnos cómo es posible que estas vinculaciones no hayan sido descubiertas por la policía francesa y llevadas a conocimiento de Napoleón.

Pero no hay que olvidar que también Fouché, ministro de policía, estaba espantado por la desmesurada ambición del Emperador y aprobaba la conducta del príncipe de Benevento. Cuando él, a su vez, dejó en 1810 el ministerio, fue sustituido por Savary, que no poseía ni su perspicacia ni su eficiencia. Por otra parte, Fouché conservaba hombres en la policía, y continuaba dándoles indicaciones. Talleyrand persistió entonces en la traición. Traición es la palabra exacta. Traición respecto del Emperador, incontestablemente. Pero algunos biógrafos han puesto de relieve que al traicionar al Emperador, Talleyrand servía a Francia. Argumentación discutible, ya que Talleyrand, si se hubiera preocupado realmente por los intereses auténticos de Francia, amenazados por una política megalomaníaca, hubiera debido hacer conocer a los franceses sus sentimientos. Su potencia, su riqueza, le daban los medios para ello. Levantar contra Napoleón a las grandes potencias europeas comunicándoles los secretos diplomáticos equivalía a traicionar no sólo al Emperador sino también a Francia.

Napoleón, si tuvo sospechas, continuó sin embargo ignorando las dudosas relaciones de Talleyrand y no dejó de consultarlo. En diciembre de 1809 Napoleón se divorció de Josefina, que no le había dado hijos. Quería casarse con una princesa perteneciente a una vieja familia reinante y requirió el parecer de Talleyrand. Éste le aconsejó tomar como mujer a María Luisa de Austria, hija del emperador Francisco I y sobrina de la ex reina de Francia, María Antonieta. Talleyrand esperaba que al acercar a Francia y Austria, el matrimonio quitaría a Napoleón toda pretensión de nuevas aventuras. Se equivocaba. Después de Erfurt, las relaciones entre Francia y Rusia no habían cesado de empeorar. Napoleón reprochaba al zar que éste no aplicaba el tratado de Tilsit y dejaba a su país abierto al comercio con Inglaterra; Alejandro I pensaba que la política polaca de Francia constituía una amenaza para sus Estados. Las tropas francesas cruzaron el Niemen el 25 de junio de 1812 y comenzaron a invadir Rusia. "Es el principio del fin", comentó Talleyrand.

¿El fin? Era el momento esperado con impaciencia por Talleyrand, quien pensaba que entonces llegaría su hora. En la espera, siguiendo los acontecimientos, continuaba las intrigas, políticas y también amorosas. En uno de sus viajes a través de Europa había encontrado una joven muy rica y muy bella, Dorothée de Courlande. Pensó casar con ella a su sobrino, Edmond de Périgord, hijo de su hermano menor Archambaud. Reveló este proyecto al zar en Erfurt. Alejandro dio su consentimiento y el matrimonio tuvo lugar en Francfort del Meno, el 22 de abril de 1809. Pero este matrimonio ocultaba una intriga: en efecto, bien pronto comenzó a reinar la más tierna intimidad entre la madre de Dorothée, duquesa de Courlande, que tenía 47 años, y Talleyrand, de cincuenta y cuatro. No fue el primer amante de la duquesa, pues la voz pública ya le atribuía cuatro o cinco. A fines de 1809 la duquesa se trasladó a vivir en París, y a formar parte, con la vizcondesa de Laval, del "harén" de Talleyrand. No sólo esto, sino que Talleyrand sintió pronto una viva amistad por Dorothée misma, la hija de la duquesa, que a raíz del matrimonio se había transformado en su sobrina con el título de duquesa de Dino. No tenemos pruebas formales de que la duquesa de Dino haya sido amante de Talleyrand, aunque existen fuertes presunciones de ello. Dorothée fue, en todo caso, su compañera fiel a partir de 1814. Tenía entonces 21 años.

Los amores no impedían a Talleyrand pensar en el poder, y ni siquiera a Napoleón el lamentar, en los momentos difíciles, la

1



2



3

1. Caricatura del gobierno francés. París, B. N. Snark.

2. Talleyrand de vuelta de Londres, según una caricatura de Daumier. París, B. N. Snark.

3. Caricatura del gobierno de Luis Felipe. Litografía de "La Caricature", 1833, París, B. N., Cabinet des Estampes. Snark.

En la página siguiente:

1. Caricatura de Luis Felipe: La elevación de la Pera. Grabado de Desperet, de Granville. París, B. N. Cabinet des Estampes. Snark.

2. Caricatura del gobierno de Luis Felipe: El carro del Estado, Litografía de "La Caricature", 1833. París, B. N., Cabinet des Estampes. Snark.

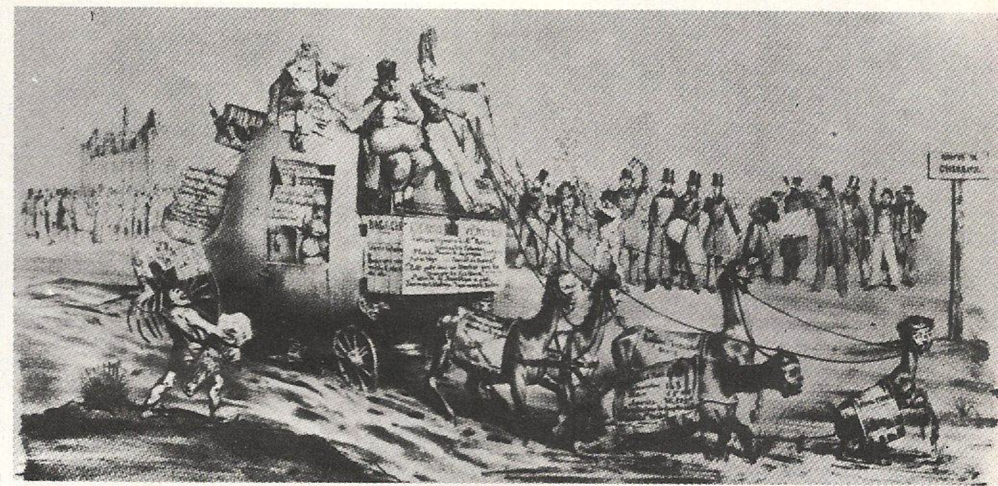
3. Talleyrand guía a Luis Felipe con los tratados de 1815. Litografía de "La Caricature", 1833. París, B. N., Cabinet des Estampes. Snark.

ausencia de un hombre que era por cierto venal y corrupto, pero inteligente y hábil. Después de la derrota de Leipzig y la pérdida de Alemania, cuando Francia se vio amenazada en todas las fronteras, la negociación pareció la única vía de salida. Ahora bien, el ministro de Relaciones Exteriores, Caulincourt, no estaba en condiciones de entenderse con los aliados. "¡Ah, si Talleyrand estuviese aquí, me sacaría del apuro!", suspiraba Napoleón, y el 16 de enero de 1814 propuso a Talleyrand que volviera al ministerio. Naturalmente el príncipe de Benevento se rehusó. La cólera del Emperador fue violenta. "El que me rehusa hoy sus servicios es necesariamente mi enemigo", gritó dirigiéndose contra Talleyrand con los puños levantados. El príncipe permaneció impasible. Los testigos de la escena esperaban su arresto inminente. Pero no fue así. Talleyrand explicó más tarde: "Sólo hubiera podido sacarlo del apuro asumiendo la responsabilidad, como muy probablemente habría hecho, de aceptar las condiciones de los enemigos; y si en aquel día él hubiese tenido el más pequeño éxito militar, habría desautorizado mi firma". En realidad, Talleyrand estaba demasiado comprometido en la traición como para volver a ponerse de parte de Napoleón. Éste, por otra parte, sospechaba sus intrigas, y para alejarlo de París, donde complotaba, así como para negociar con los aliados, le pidió que volviera al servicio activo. Hubiera sido contrario al "sistema" —si podemos decir así— de Talleyrand, abandonar a aquel cuya fuerza no cesaba de crecer, para ayudar a un hombre flagrantemente condenado. En efecto, desde enero de 1814 Talleyrand preparaba activamente la restauración de Luis XVIII, excluyendo al duque de Orléans y a todo otro soberano. En febrero, su plan estaba netamente establecido: el Senado declararía a Napoleón "perturbador del orden público" y fuera de la ley. El 6 de marzo encarga a Vitrolles una misión en el cuartel general de los aliados: debía pedirles que aceleraran la marcha sobre París. Vitrolles era portador de una misiva, escrita con tinta simpática, que contenía estas palabras, cada una de las cuales constituye una prueba de traición: "La persona que os mando es de toda confianza: oídla y reconocedme. Es tiempo de ser más claro. Vosotros marcháis con muletas, servíos de las piernas y quered lo que podéis". Recibida la misiva, los aliados decidieron marchar sobre París.

La capital, prácticamente sin defensa, capituló el 30 de marzo. El zar Alejandro fue hospedado en el palacio de Talleyrand. De los cuatro principales soberanos coaligados, él era el menos favorable al retorno de los Borbones. Talleyrand supo persuadirlo de que sólo al ascenso al trono de Luis XVIII era susceptible de devolver la calma a Europa. Después de alguna vacilación el zar se declaró convencido.



1



2



3

La restauración

El 1º de abril de 1814, según el plan por él establecido, Talleyrand hizo votar la deposición de Napoleón por el Senado, que sólo contaba con sesenta y tres presentes sobre ciento cuarenta miembros. Se constituyó de inmediato un gobierno provisional de cinco miembros. Talleyrand era el más conocido e influyente de ellos; los otros cuatro, Beurnonville, Jaucourt, Dalberg y Montesquiou sólo había desempeñado hasta ese momento un papel secundario. El gobierno llamó a Luis XVIII y el 13 de mayo de 1814 el rey nombró a Talleyrand ministro de Relaciones Exteriores: le esperaba una tarea pesada. Delegado al Congreso de Viena que debía reorganizar a Europa, su misión era devolver a Francia el lugar que le correspondía junto a los cuatro "grandes" que la habían vencido: Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia. Por cierto, no podía esperar que se modificara el tratado de París impuesto por los aliados a Francia, sin posibilidad de discusión, el 30 de mayo de 1814, que prácticamente la redujo a sus límites de 1792. Pero, se podía esperar que en el futuro se anulara este tratado, si se deshacía la coalición de los cuatro "grandes", consolidada en febrero de 1814 por el tratado de Chaumont. Talleyrand se aplicó a ello con su incontestable habilidad.

Él, el hombre sin principios, invocó sin pausa al Congreso el principio de "legitimidad". En nombre de la restauración y de la legitimidad, Francia debía retomar su puesto en el "concierto europeo". Logró hacerse oir y fue admitido como representante de Francia con el mismo título que los delegados de las otras potencias. Desde aquel momento bregó por romper la coalición. Las ambiciones de Rusia y de Prusia le daban la posibilidad de actuar. El zar Alejandro deseaba, en efecto, hacerse reconocer como "rey de Polonia" y reconstituir bajo su cetro a Polonia en el estado anterior a las reparticiones. Prusia aceptaba cederle su parte de Polonia si se le dejaba la Sajonia, cuyo rey fue, de todos los reyes alemanes, el que mantuvo durante más tiempo la fidelidad a Napoleón. En este asunto se lesionaban los intereses de Austria, ya que, por una parte, ésta perdía la Galizia, y por otra se mostraba temerosa del enorme acrecentamiento del poder de sus vecinos inmediatos, Prusia y Rusia. Inglaterra, preocupada por mantener el "equilibrio europeo", también estaba descontenta con los proyectos rusos y prusianos. Luis XVIII, cuya madre era sajona, deseaba el mantenimiento del reino de Sajonia. Talleyrand logró firmar, el 3 de enero de 1815, un tratado secreto entre Francia, Inglaterra y Austria, contra Rusia y Prusia. Era un buen éxito diplomático, dada la situación de Francia algunos meses antes. Algunos historiadores han elogiado a Talleyrand, pero las consecuencias de este tratado debían pesar duramente sobre los futuros destinos de Francia y de Europa. En efecto, en lugar de la Sajonia, de la cual sólo pudo anexar un trozo, Prusia obtuvo la mayor parte de la orilla izquierda del Rin, llegando así a tener límite con Francia. La guerra de 1870 se originó en esta situación, y así también los dos grandes conflictos mundiales de la primera mitad del siglo xx. A Talleyrand se le debe atribuir entonces, indirectamente, la responsabilidad de estas catástrofes.

Él se encontraba todavía en Viena cuando Napoleón, huido de la isla de Elba desembarcó en Provenza. Talleyrand se valió inmediatamente del suceso para probar su perspicacia: ¿no había solicitado al Congreso, en octubre, que deportara a Napoleón a las Azores? E hizo aprobar inmediatamente, contra el emperador, un documento categórico: "Las potencias declaran que Napoleón se ha puesto fuera de las relaciones civiles y sociales, y que como enemigo y perturbador del orden público queda expuesto a la vindicta pública. Pese a esto, Napoleón trató de adular a su ex ministro: conocía demasiado bien sus vicios y su hipocresía para saber que, si se daba la ocasión, el príncipe de Benevento no dudaría ante una nueva traición. Quizás Talleyrand habría cambiado una vez más de divisa, si la fuerza del emperador le hubiese parecido incontestable. Pero no era así. Después del retorno de Napoleón a París, la violencia de la oposición interna, la magnitud de las tropas reunidas por los coaligados, que habían renovado la alianza de Chaumont, atestiguaban que el "vuelo del águila" sólo era una aventura sin futuro. Talleyrand siguió entonces en Viena, y el día después de Waterloo, el 9 de julio de 1815, Luis XVIII lo nombraba presidente del Consejo de ministros. Estaba de nuevo en el ápice de su potencia.

Los cien días y su deplorable fracaso desencadenaron en Francia una oleada de "terror blanco". Los ultrarrealistas obtuvieron en las elecciones la mayoría en la Cámara de diputados. No podían soportar que hubiese al frente del ministerio dos antiguos revolucionarias, Talleyrand, el renegado y Fouché el regicida. Talleyrand pensó en salvarse eliminando a Fouché, a quien hizo nombrar residente de Francia en Dresde, Sajonia. Pero Luis XVIII tenía sus buenas razones para ceder a las instancias de los *ultra*: el 24 de setiembre de 1815 hizo renunciar a Talleyrand.

El retiro. Ultima aparición en la escena mundial

Talleyrand tenía 61 años. Podía jubilarse: una jubilación dorada, se entiende. Había logrado salvar, en efecto, la mayor parte de su patrimonio de la catástrofe en la cual el imperio se había derrumbado. Talleyrand agregó a ello, por otra parte, los estipendios anuales de 100.000 francos, correspondientes al cargo de gran chambelán que le había conferido Luis XVIII, a modo de consuelo, en el momento de dejarlo cesante. Tal cargo comportaba el cumplimiento de algunas obligaciones junto al rey. Talleyrand dividió por lo tanto su tiempo entre París y Valençay. Por cierto que habría respondido con solicitud si Luis XVIII le hubiese propuesto nuevamente el ministerio. Hizo a mal tiempo buena cara, afectó una altiva indiferencia y comenzó la redacción de sus *Memorias*, en las cuales, para justificar todo detalle de su conducta, acumuló las mentiras que una diligente crítica histórica debía más tarde desmantelar. Vivió en compañía de la "sobrina", la duquesa de Dino, que ya había sido su acompañante en Viena durante el Congreso y había vivido allí en la embajada de Francia. La duquesa se separó, por lo demás, de su marido, Edmond de Talleyrand, el 24 de marzo de 1818; éste había dilapidado en el juego gran parte de la inmensa fortuna del matrimonio.

En 1820, la duquesa de Dino, que ya había tenido dos hijos de Edmond, nacidos en 1811 y en 1813, alumbró una hija, Paulina. ¿Quién era el padre? Se difundieron entonces las voces más diversas. Es cierto que el príncipe de Benevento pagó después de este nacimiento todas las deudas de la sobrina. La duquesa de Dino tenía, a decir verdad, otras relaciones. Pese a esto, permaneció junto a Talleyrand durante veinticuatro años, hasta la muerte del príncipe, ocurrida en 1838. De sus numerosas relaciones, Talleyrand tuvo entonces por lo menos dos hijos, quizás cuatro. Seguramente suyos son Charles de Flahaut y una cierta Charlotte de la cual no se conoce exactamente la madre. Talleyrand se ocupó durante toda su vida de sus dos hijos, tomó a su cuidado la educación y la carrera de Charles. Hemos visto más arriba que Charles de Flahaut fue el amante de la reina Hortense y el padre del duque de Morny. En 1817 se casó con una rica inglesa, hija del almirante Keitah. Talleyrand casó a Charlotte con su primo hermano Alexandre de Talleyrand-Périgord, prefecto de Pas de Calais. Hay menos seguridad respecto de la filiación del pintor Eugène Delacroix y de Pauline de Dino. Talleyrand no parece haber tenido relación con el autor de las *Masacres de Quíos*. Más bien siguió de cerca la educación de Pauline, ocupándose de sus vestidos, de sus distracciones, de su instrucción religiosa. Recordaba, a veces, que había sido obispo de Autun.

La vida de "familia" no le impedía interesarse en los negocios públicos. El 18 de noviembre de 1816, durante un almuerzo dado en su honor por el embajador de Inglaterra en París, tuvo un violento altercado con Pasquier, presidente de la Cámara: lo consideraba responsable de que el rey no lo hubiera vuelto a llamar para que ocupara el ministerio. El escándalo

provocó la caída en desgracia de Talleyrand: por dos meses ya no apareció en la corte. Cuando en 1817 pudo hacerse ver nuevamente, se dio cuenta de que ya no tendría ocasión de llegar a ser otra vez ministro mientras reinaran los Borbones. Desde aquel momento se puso a defender la libertad de prensa y, el 24 de julio de 1821, pronunció en la Cámara de los pares un discurso contra la censura que provocó sensación. Se alzó en 1823 contra la intervención francesa en España y se mostró aun más hostil a Carlos X y a Luis XVIII. Desde 1829 está en contacto con los jefes de la posición, en particular con Thiers y, por intermedio de "Mademoiselle" (como llamaba a la hermana del duque de Orléans), con Luis Felipe, en el cual ponían sus esperanzas los adversarios de Carlos X, en caso de vacancia del trono. Talleyrand contribuyó, entre bambalinas, a la revolución de 1830, traicionó a los Borbones como había traicionado a Napoleón. Había dicho a Luis XVIII en 1814: "Hay en mí algo de inexplicable y que trae la desgracia a los gobiernos que me pasan por alto. Luis Felipe no podía dejar de recompensar a Talleyrand por su ayuda. Le ofreció la cartera de Relaciones Exteriores, pero el príncipe prefirió la embajada de Francia en Londres, que le permitiría negociar aquel entendimiento cordial entre los dos países occidentales, en el cual pensaba desde 1792. A los 76 años Talleyrand ocupaba su nuevo puesto, el 6 de setiembre de 1830. Desempeñó inmediatamente allí un papel importante haciendo reconocer la independencia y la neutralidad del nuevo reino de Bélgica. Muchos historiadores han considerado que estas tratativas, como aquella que, en el Congreso de Viena, condujo a la ruptura de la coalición, marcan el punto culminante de la habilidad del príncipe. Podemos preguntarnos si tal apreciación está justificada, visto que la neutralidad de Bélgica no fue respetada ni en 1914 ni en 1940 y, por lo tanto, no contribuyó a la tranquilidad de Europa. En cuanto a la unidad de aquel país, cuyos habitantes están divididos entre dos lenguas diferentes, parece más frágil que nunca. ¿No hubiera sido mejor anexar, en 1830, la Valonia a Francia, como pensó por lo demás el mismo Talleyrand?

Siempre durante su embajada en Londres, Talleyrand concluyó, el 22 de abril de 1834, una cuádruple alianza entre los cuatro países occidentales que habían repudiado al antiguo régimen, Inglaterra, Francia, España y Portugal. Fue su último gran acto diplomático. Presentó la renuncia en noviembre siguiente y se retiró a Valençay. Tenía 80 años, pero todavía conservaba sus fuerzas. El 12 de mayo, de 1838, en París, fue afectado por una grave forma de carbunclo y tuvo que hacerse operar: sobrevino la septicemia. El abate Dupanloup, que estaba a su lado, le hizo firmar un documento en el cual declaraba que se sometía enteramente a la Iglesia romana y lamentaba el mal que le había hecho. Luis Felipe lo visitó el 17 de mayo. "Sufro las torturas del infierno", le habría dicho Talleyrand. La malignidad pública pretende que el rey le contestó: "¡Ya!" El príncipe de Talleyrand se extinguió aquella misma noche.

Un juicio sobre Talleyrand

Variado es el juicio de los historiadores sobre Talleyrand, y a veces diametralmente opuesto. Estos concuerdan sólo en dos puntos. Primero, el papel, indudablemente capital, que tuvo Talleyrand en la escena del mundo durante cuarenta y cinco años. Segundo, la inteligencia excepcional que lo mantuvo en primer plano. Las divergencias se refieren a la naturaleza del papel que desempeñó. Unos lo consideran beneficioso, otros nefasto. Entre los primeros se encuentran, por una parte, aquellos para los cuales la inteligencia lo excusa todo. Como ellos mismos son inteligentes, o están convencidos de serlo, piensan que un hombre de inteligencia superior no ha podido equivocarse. Ahora bien, la inteligencia no es una excusa, sino más bien una circunstancia agravante. Así, en nombre de la inteligencia, un historiador de agudo ingenio, como lo es el norteamericano Crane Brinton, está dispuesto a disculpar los vicios, la venalidad y las traiciones de Talleyrand. Por otro lado, hay diplomáticos que en situaciones complicadas envidiaron la habilidad de Talleyrand. Así, cuando frente a las dictaduras fascistas en Europa, las democracias liberales parecían impotentes, el conde de Saint-Aulaire, embajador de Francia, Alfredo Duff Cooper, secretario de Estado de guerra en Gran Bretaña, y el italiano Guillermo Ferrero, lamentaron que hacia 1936 no hubiese existido un Talleyrand capaz de enfrentar en las negociaciones a Hitler y Mussolini. Pero ¿es quizá despreciando los valores morales como se puede vencer a quienes los pisotean? Al contrario, tenemos derecho a pensar que si los potencias occidentales hubieran sido más firmes en sus principios, más fácil les habría sido la victoria. Sólo se puede condenar a Talleyrand, cuya acción diplomática se apoyó sin cesar sobre el desprecio de los principios, la corrupción, la venalidad y la traición.

Se le ha rendido homenaje por algunas empresas; la expedición de Egipto en 1798, la política exterior del Consulado, la acción de Francia en el Congreso de Viena, la formación de Bélgica en 1830. Hemos dicho lo que se debe pensar de todo esto. Aunque haya escrito, en 1834, "siempre he querido ser el hombre de Francia", no parece que Talleyrand haya prestado servicios a su país. Su política exterior es un tejido de contradicciones. Quería —dijo y repitió—, el entendimiento franco-británico. Pero la expedición a Egipto ¿no hacía imposible ese entendimiento? Se proclamó ardiente partidario de las "fronteras naturales". Pero entonces, ¿por qué empujó a Bonaparte a anexar el Piamonte en 1802?, ¿por qué hizo de manera que se abandonaran tan ligeramente las fronteras naturales en 1814, sin intentar recuperarlas en 1830? Era, según decía, favorable a una política moderada. ¿Por qué no impidió entonces el rapto del duque de Enghien en 1804 y la invasión de España en 1807? En verdad, Talleyrand nunca tuvo como motor de sus acciones el bien de Francia ni el de Europa. Fue guiado únicamente por su interés personal, por un inconmensurable egoísmo que le permitió acumular durante toda su vida una "inmensa fortuna", además de una infinidad de títulos honoríficos y de reconocimientos. Bajo esta luz no nos sorprenderá ya la incoherencia de su política. Él mismo se daba cuenta de ello. En 1812, preguntaba a una amiga alemana: "¿Qué opinión creéis que tendrá de mí la posteridad?". Ella le respondió: "Que habéis querido ser un hombre respecto del cual se debatan opiniones contrastantes", y él agregó: "Sí, es así, es exactamente así. Quiero que se siga discutiendo a lo largo de los siglos sobre lo que he sido, lo que he pensado y lo que he querido."

Bibliografía

Obras:

Memorias (Col. La historia y sus intimidades) Barcelona, Mateu. Sus cartas y sus documentos fueron publicados en las siguientes colecciones: G. Pallain, *La mission de Talleyrand à Londres en 1792* (París, 1889); Id., *Le ministère de Talleyrand sous le Directoire* (París, 1891); P. Bertrand, *Lettres inédites de Talleyrand à Napoleón, 1800-1809* (París, 1889); G. Pallain, *Talleyrand et Louis XVIII* (París, 1881); Id., *L'ambassade de Talleyrand à Londres*, 1830-1834 (París, 2 vols., 1891); H. Huth y Wilma J. Pugh, *Talleyrand in America as a Financial Promoter*, 1794-1795, Washington, 3 vols., 1942.

Monografías:

La obra fundamental es la de G. Lacour-Gayet, *Talleyrand*, París, 4 vols., 1928-1934. El libro de Emile Dard, *Napoleón et Talleyrand* (París, 1935) utilizó ampliamente los archivos austríacos. Véase además: Sir A. Duff Cooper, *Talleyrand*, editada en español, Bs. As., Claridad; Crane Brinton, *The Lives of Talleyrand*, New York, 1936; conde de Saint-Aulaire, *Talleyrand*, París, 1936; Jacques Vivent, *La vie privée de Talleyrand*, París, 1960; L. Madelein, *Talleyrand*, París, 1944; J. Bertaut, *Talleyrand*, París, 1945; Dr. Laforgue, *Talleyrand*, Ginebra, 1947; G. Ferrero, *Reconstruction, Talleyrand à Vienne*, 1814-1815, París, 1940; M. Missoffe, *Le coeur secret de Talleyrand*, París, 1956; G. Lefébvre, *La Revolución Francesa y el Imperio*, F. C. E. México.
En las bibliografías de estas obras se encontrará la indicación de numerosísimos estudios particulares.

LOS HOMBRES de la historia
El mundo contemporáneo

LOS HOMBRES de la historia
El siglo XIX: La Revolución Industrial

LOS HOMBRES de la historia
El siglo XIX: Las revoluciones nacionales

LOS HOMBRES de la historia
El siglo XIX: La Restauración

LOS HOMBRES de la historia
La Revolución Francesa y el periodo napoleónico

LOS HOMBRES de la historia
El setecientos

LOS HOMBRES de la historia
Los estados nacionales

LOS HOMBRES de la historia
Del Humanismo a la Contrarreforma

LOS HOMBRES de la historia
Cristianismo y Medioevo

LOS HOMBRES de la historia
La civilización romana

LOS HOMBRES de la historia
La edad de Grecia

LOS HOMBRES de la historia
La civilización de los orígenes

Cada fascículo de LOS HOMBRES de la historia publica la biografía completa de un hombre que ha desempeñado un papel de gran importancia en la historia del mundo.
Los fascículos se van agrupando en tomos que dan, a su vez, una gran historia de la humanidad désde sus primeras civilizaciones hasta nuestros días.
La historia del mundo que ofrece esta colección es total y de enfoque moderno: los Hombres elegidos no están estudiados como héroes sino como intérpretes destacados de su época.
Profusamente ilustrada, la colección es, asimismo, un riquísimo archivo documental.

Publicación semanal
Precio de venta
m$n. 140,- el ejemplar

ARGENTINA: $ 140.-
BOLIVIA:
COLOMBIA: $ 7.-
COSTA RICA:
CUBA:
CHILE:
REP. DOMINICANA:
ECUADOR:
EL SALVADOR:
ESPAÑA:
GUATEMALA:
HONDURAS:
MEXICO: $ 5.-
NICARAGUA:
PANAMA:
PERU: S/. 18
PUERTO RICO:
URUGUAY: $ 90.-
VENEZUELA: Bs. 2.50